



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Las lluvias de Kristanar

Brigitte recibe en Nueva York la visita de un monje del Templo de las Nieves, que le comunica que le envía su amigo Sensei Inomura para que le ayude a proteger a su Presidente, que ha sufrido intentos de asesinato. Inmediatamente la agente Baby se traslada a Kristanar (país evidentemente imaginado por el autor).



Lou Carrigan

Las lluvias de Kristanar

Brigitte en acción - 247

Archivo Secreto - 201

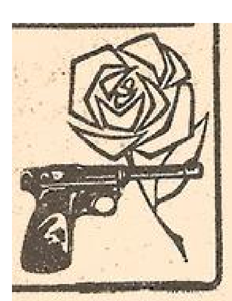
ePub r1.0

Titivillus 26-04-2019

Lou Carrigan, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION




6° Aniversario
EDICIÓN CONMEMORATIVA
epublibre

Capítulo primero

—Pues yo creo, Miky —dijo Brigitte Montfort—, que está explotando demasiado a Frankie.

Miky Grogan, director del periódico neoyorquino *Morning News*, alzó las cejas, mirando perplejo a la bellísima periodista de los ojos azules, encargada de dirigir la Sección Internacional del diario.

—¿Le estoy explotando demasiado? —Se pasmó—. ¿A ese cretino de Frank Minello?

Brigitte se dio un toquecito al borde de la falda, como queriendo recordar a Grogan la belleza de sus esbeltas piernas. Lo cual no hacía falta en absoluto, porque era imposible olvidar la belleza de la espía más linda del mundo. Periodista y espía… Y en ambos cometidos, Brigitte Montfort no tenía rival. Aunque, contemplando a la dulce, apacible, serena y delicada señorita Montfort, se podía dudar muy en serio que podía convertirse en la agente Baby de la CIA… La implacable y mortífera Baby…

—A Frankie —insistió Brigitte—. Hace unos días, salió para México, con el fin de escribir el reportaje sobre el combate por el título mundial de los welters entre Mantequilla Nápoles y nuestro compatriota californiano Armando Muñiz. Y no bien termina ese trabajo, lo envía a Bangkok, para otro combate por el título mundial, esta vez el de los superligeros, entre el español Perico Fernández y el tailandés Muangsurin… ¿Eso no es explotar demasiado al pobre Frankie?

Miky Grogan quedó pensativo unos segundos, como meditando con gran detenimiento las palabras de su queridísima Brigitte. Por fin, asintió con la cabeza.

—Puede que sea cierto —admitió—, pero, a fin de cuentas, es el propio Frank quien se lo ha buscado.

—¿Por qué?

—Bueno… ¿Acaso no está siempre diciendo que él es el mejor periodista deportivo del mundo?

—Así es —sonrió Brigitte—. Motivo por el cual dirige la Sección Deportiva del *Morning*. Especialista en boxeo.

—Pues si dispongo del mejor periodista del mundo especializado precisamente en boxeo… ¿por qué demonios tengo que enviar a otro? ¡Yo siempre quiero lo mejor!

—Es una respuesta que me convence —tuvo que aceptar Brigitte—. Le diré a Frankie que piensa de él que, en efecto, es el mejor periodista deportivo del mundo.

—Está bien —farfulló Grogan—. De paso, dígale que no se dé mucha prisa en volver. Bastará que envíe su artículo sobre ese combate a celebrar en Bangkok, y que… Un momento: ¿qué es eso de que *le dirá* a Frankie lo que pienso de él? ¿Acaso piensa ir a Tailandia, Brigitte?

—¿Yo? ¡Dios me libre!… —exclamó Brigitte—. ¡Claro que no, Miky! ¿Qué haría yo en Tailandia?

—Pues es verdad —sonrió Grogan—, no haría nada allá. ¡Je, je, je, je…!

—¿Por qué se ríe ahora? —se sorprendió la divina espía.

Miky Grogan se frotó las manos alegremente.

—¿No se ha dado cuenta? —musitó como en una gran confidencia—. ¡Desde que Minello partió, todo es paz y calma en el *Morning*! Cada cual hace su trabajo, todos rinden al máximo, no hay problemas, todos estamos de buen humor… ¡Y yo, hace días que no tomo pastillas digestivas para mi maltrecho estómago!

—¿Y todo ello por la ausencia de Frankie?

—¡Naturalmente! ¡Es ese borrico quien me ha producido la maldita úlcera de estómago!… ¡Así que ojalá esté fuera el tiempo suficiente para que se me cure!

—Ahora está siendo injusto con Frankie —protestó Brigitte—. Esa úlcera se la ha provocado su mal genio, Miky. Frankie es un poco atolondrado, lo sé, pero es la persona más buena y fiel que he conocido en toda mi vida. Por ejemplo, si Frankie no…

—¡Si tanto le quiere, vaya a Bangkok con él! —rugió Miky Grogan.

—Ya le he dicho que de ninguna manera pienso ir a Asia, Miky.

Pero quería decirle que…

El teléfono sonó sobre la mesa del despacho de Grogan y éste, tras murmurar una disculpa, descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió.

—¿…?

—Sí, aquí está —Grogan tendió el auricular a Brigitte—. Es para usted: Peggy.

—Gracias —se adelantó Brigitte en el sillón, tras tomar el auricular y atender la llamada de su ama de llaves—. ¿Sí, Peggy? Dime, querida.

—¿Tengo una visita? —El gesto de Brigitte se nubló—. ¿Quieres decir que hay alguien ahí, contigo, dentro del apartamento?

—Pues mal hecho. Ya te he dicho muchas veces que no cometas imprudencias. Nunca se sabe… ¿Qué?

—¿Inofensiva? Mira, Peggy, eso es algo que nunca se puede asegurar, pero no vamos a discutir, naturalmente. ¿Quién es esa visita?

—¿No sabes cómo decírmelo? —se sorprendió Brigitte.

—Ya, ya… No sabes cómo decírmelo, pero estás segurísima de que es una visita pacífica. Está bien, voy para allá ahora mismo. Mientras tanto, ten mucho cuidado…, por si acaso.

Brigitte colgó el auricular, y se puso en pie, observada atentamente por Grogan.

—Espero que todo esto no sea una contraseña entre usted y Peggy —comentó.

—¿Una contraseña? ¿Con qué objeto?

—¡Oh, pues…! Bueno, a veces se ha marchado usted de Nueva York sin decir nada, y como sabe que estos días la necesito, quizá no quiere escuchar mis gritos de protesta y…

—Tranquilícese, Miky —rió Brigitte, dirigiéndose hacia la puerta—: ya le he dicho que, por el momento, no tengo intenciones de emprender ningún viaje. Lo más lejos que iré, será a mi club de judo antes de cenar. Hasta mañana.

—Hasta mañana —sonrió Miky Grogan.

Mañana… He aquí una palabra que la agente Baby acostumbraba usar con mucha mesura, y cuando lo hacia era porque estaba segura de que podía utilizarla.

Sólo que incluso la infalible agente Baby se equivocaba… en

ocasiones.

Abrió la puerta de su apartamento, en el piso veintisiete del lujoso Crystal Building, sito en la Quinta Avenida, frente a Central Park. Entró, empujó la puerta y se volvió al oír las pisadas de Peggy, que acudía presurosamente. La rubia y bonita ama de llaves no le dio tiempo a preguntar.

—Está en el salón… —susurró—. ¡No se ha movido en todo el tiempo, desde que llegó!

—¿Qué quieres decir con eso de que no se ha movido? —susurró también Brigitte.

Pues… ¡que no se ha movido! ¡Oh, señorita, no sé lo que me ha ocurrido con esa persona! Cuando abrí la puerta me dijo que quería verla a usted, y al decirle que no estaba, él dijo que la iba a esperar. Le contesté que no podía ser, que no sabía cuándo volvería usted… ¡Y cuando me di cuenta, ya estaba sentado en el salón!

Por tus palabras —sonrió Brigitte— deduzco que es una persona, al menos. Y del género masculino. ¿Es guapo? —rió quedamente.

—¡Es… es horrible! ¡Horrible!…

Brigitte alzó las cejas, y pareció dispuesta a hacer más preguntas. Pero ella era eminentemente práctica: ¿para qué preguntar a Peggy lo que podía ver por sí misma?

—Está bien, Peggy, deja de preocuparte.

Se dirigió al salón, silenciosamente. Asomó la cabeza… y quedó petrificada por el asombro. Auténtico asombro, que no era, ciertamente, fácil de provocar en la espía internacional.

La visita estaba allí, en el centro del grandioso salón, sentada sobre la alfombra, con las piernas cruzadas, el torso erguido, las manos descansando sobre las rodillas y la cabeza caída con gesto suave y natural sobre el pecho. Una cabeza completamente rapada, del color del pergamino viejo, tan seca como éste, reluciente… Incluso el hombre era del color del pergamino viejo. Tan notable como el personaje, era su indumentaria: una simple túnica de color amarillo claro.

—¡Cielos! —Susurró Brigitte—. ¡Un monje!

El monje de la cabeza rapada alzó ésta, y Brigitte comprendió por qué Peggy había dicho que el hombre era horrible… Lo comprendió, aunque sin compartir esta opinión, cuando el monje alzó la cabeza y sus ojos se abrieron para fijarse en ella. Unos ojos

pequeños, negrísimos, rodeados de arrugas, que se extendían por todo el ascético rostro asiático. Unos ojos de mirada taladrante, que parecieron clavarse como dardos en los de Brigitte Montfort.

Y allí se quedaron, fijos, inmóviles como negras aguas estancadas.

Durante unos segundos, Brigitte estuvo soportando la mirada, que sentía cómo iba penetrando en ella. Sí, penetraba en su mente como si fuese una aguja de acero, incontenible, que quisiera llegar al más recóndito yacimiento de sus pensamientos… Y lo estaba consiguiendo. Así que, de pronto, Brigitte *Baby* Montfort, simplemente, «cerró» la puerta de su mente y sus maravillosos ojos quedaron también como duros cristales que nada podían reflejar.

Entonces, el extraño personaje sonrió, con sus delgadísimos labios, y también con los ojos, que relucieron con aprobación.

—¿Señorita Montfort? —dijo con extraño acento—. ¿Señorita Brigitte Bierrenbach Montfort?

—Sí.

El monje se puso en pie, juntó las manos ante el pecho, e inclinó por tres veces la cabeza, pero sin apartar su mirada de los ojos de Brigitte.

—Un amigo común nos ha unido —dijo el monje, con aquel extraño acento, pero en buen inglés—. Mi nombre es Dakyn… Me envía Sensei Inomura.

Brigitte no mostró reacción alguna. Seguía observando al monje llamado Dakyn, cuya estatura escasamente alcanzaba el metro sesenta. Era delgadísimo, arrugado, parecía tener sólo piel y huesos. Sus pies estaban descalzos. Las manos eran como raíces nudosas. Un extraño ejemplar de ser humano, en el que toda vida parecía concentrarse en los negros ojos, de directo y sereno mirar. No, no estaba demasiado sorprendida por el hecho de que el monje Dakyn llegase de parte de Sensei Inomura, el viejo Maestro japonés que, casi un año atrás, había conocido en Japón.

—Sólo puedo esperar venturas de Sensei Inomura… —musitó Brigitte—. Por favor, siéntese.

—Gracias.

Dakyn volvió a sentarse sobre la alfombra. Brigitte se acercó, e hizo lo mismo, delante del monje, cruzando sus esbeltas piernas y quitándose los zapatos.

—¿Puedo ofrecerle té frío? —invitó.

—No podría rechazarlo —inclinó la cabeza Dakyn.

Brigitte se volvió hacia Peggy, le hizo una seña y volvió a dedicar toda su atención al monje.

—¿Cómo debo llamarle?

—Dakyn. Gracias por su acercamiento.

Brigitte sonrió.

—Es mi deseo que Sensei Inomura esté disfrutando de los puros pensamientos que su larga vida le ha enseñado a seleccionar en la paz de su jardín.

—Sensei Inomura está muy bien —asintió Dakyn—, y me ha encargado que le transmita sus mejores deseos de progreso, señorita Montfort.

—Le ruego transmita mi agradecimiento al Maestro por la bondad de sus deseos.

—Así lo haré, si mi vida se prolonga el tiempo suficiente para ello.

—¿Debo entender que su vida está en trance de terminar?

—Así es.

—¿Por causas naturales?

—No. Solamente he cumplido ochenta y cuatro años.

—¿Quién quiere matarle a usted?

—Temo que ésa es la realidad. Pero no es mi vida física lo que me preocupa, señorita Montfort. Hay temores mucho más importantes en mi espíritu… Hace años conocí a Sensei Inomura, cuando él estuvo en visita de recreación del espíritu en el Templo de las Nieves, aprendiendo cosas de nosotros… y enseñándonos a nosotros a aprender cosas de él. Desde entonces, Sensei Inomura ha sido considerado como el más aventajado alumno exterior del Templo. Por eso, cuando nos han llegado las penalidades provocadas por seres humanos, hemos acudido a él, que convive más que nosotros con seres humanos. A nuestra petición de ayuda, Sensei Inomura ha respondido rogándome que viniese a visitarla a usted, y le expusiera el problema.

—¿Por qué les ha enviado a mí?

—De ninguna manera podía preguntarle eso a Sensei Inomura. Él dijo que viniese a verla a usted, y yo he venido.

—En avión, supongo —sonrió Brigitte.

El arrugado monje sonrió como divertido, a su vez.

—¡Oh, sí!… Naturalmente, en avión. Primero fui a Bangkok, de allí a Tokio, de Tokio a Los Ángeles, y de Los Ángeles a Nueva York. Supongo que he sido uno de los más curiosos pasajeros de las líneas aéreas durante mucho tiempo.

—Es evidente que usted dispone de pasaporte, Dakyn.

—En el Templo de las Nieves hay algunos pasaportes que han sido utilizados muy pocas veces —asintió Dakyn—. Y siempre por motivos importantes. Nosotros, los monjes del Templo de las Nieves, vivimos en este mundo, señorita Montfort, sabemos adaptarnos a todo, incluso para abandonar nuestro retiro voluntario cuando es necesario. Por eso, en el Templo, hablamos muchos idiomas… Creemos que el idioma de una persona ayuda a conocer mejor a esa persona.

—¿Cuántos idiomas habla usted? Sólo idiomas, no dialectos asiáticos.

—Once. Los buenos pensamientos pueden expresarse en cualquier idioma… y nosotros nos esforzamos en buscar siempre los buenos pensamientos. Espero tener el placer de enseñarle la biblioteca del templo.

—¿Quiere decir que tengo que ir con usted a… a…?

—A Kristanar. Aunque quizá ni siquiera haya oído hablar de mi país.

—Kristanar —sonrió Brigitte— es un pequeño estado fronterizo con el sur de China, formando frontera con ésta, con Birmania, Laos y Vietnam, en la línea del Trópico de Cáncer y con su centro en el meridiano cien. Casi inexistente agricultura, pero discreta riqueza ganadera en las montañas…, que suelen estar nevadas, incluso en verano. El jefe de Estado se llama Nirkan Wali, y, como ocurre… u ocurría con el Dalai Lama, viene a ser considerado una especie de… reencarnación de Dios. No sé gran cosa más de Kristanar…, aparte de que la capital es Tanar.

Dakyn asintió con la cabeza.

—A veces —musitó—, admitimos que el desconocimiento de Kristanar, por parte del resto del mundo, es exclusivamente culpa nuestra. Pero, en definitiva, no se nos puede reprochar que queramos vivir aislados de un mundo donde predomina la Maldad. Desdichadamente, no hemos podido impedir que la Maldad penetre

en Kristanar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nuestro Guía y Señor, Nirkan Wali, ha sido objeto de intento de asesinato.

—¿Han querido asesinar al jefe de Estado?

—Así es. Hombres armados con armas de fuego, entrenados según normas occidentales, quisieron matar a Nirkan Wali. Por fortuna, aunque herido, pudo escapar, ayudado por algunos de sus fieles. Y en estos momentos, mientras Nirkan Wali se debate entre la vida y la muerte, alguien ha ocupado su Trono, con la pretensión de dirigir los destinos de Kristanar. Este hombre que ha olvidado la Luz, este instigador del asesinato de nuestro Guía y Señor, es el ambicioso y desencaminado Karlik Bonta, bajo cuya dirección espiritual dudamos mucho que Kristanar siga progresando en el Camino de la Vida.

Brigitte quedó pensativa unos segundos, antes de musitar:

—Dicho con palabras occidentales, Dakyn: Karlik Bonta ha llevado a cabo un golpe de Estado, atentado contra la vida de Nirkan Wali, y ahora es él quien ocupa la jefatura de Kristanar.

—Sí.

—¿Entiendo que el pueblo no está conforme con esto?

—Mi pueblo no sabe reaccionar ante estas cosas…, que jamás habían sucedido. Si la situación no se remedia, acabarán por aceptarla, simplemente.

—¿Y por qué ha hecho eso Karlik Bonta?

—No lo sabemos.

—¿Era injusto el gobierno de Nirkan Wali?

—En absoluto.

—¿Hay grandes riquezas a explotar, en Kristanar?

—Ninguna: campos llanos, poco cultivados, al Sur; nieve en las montañas, al Norte. Y el ganado de las montañas. Nada más, prácticamente.

—¿Han sido utilizadas las armas contra el pueblo?

—No. Sólo contra Nirkan Wali y sus fieles. Por lo demás, todo está en calma y en paz…, mientras Wali yace herido gravemente.

—¿Cuál es la importancia, en la diferencia de que sea Wali o Bonta el jefe de Estado?

—La diferencia es esencial: Nirkan Wali era nuestro Guía porque

así le correspondía, y Karlik Bonta ha usurpado ese puesto; por la violencia, además.

—¿Qué perjuicios pueden derivarse de todo esto, para el pueblo?

—Que yo sepa, ninguno especial. Todo seguirá igual… menos en la vigencia de la Verdad. Y la Verdad es que Nirkan Wali es, por derecho propio, el Guía y Señor de Kristanar.

Brigitte quedó de nuevo pensativa. Mientras tanto llegó Peggy, que sirvió el té frío, colocando la bandeja sobre la alfombra, entre ambos. Segundos después, Brigitte dejó de pensar, sirvió té a Dakyn, y tras beber ambos un sorbo, murmuró:

—Según mis apreciaciones, Dakyn, el objeto de su visita obedece a motivos de intereses… espirituales, de amor a la Verdad. Lo que es, es. Lo que no es, no debe ser. Tal como están las cosas, sin embargo, el único verdaderamente perjudicado es Nirkan Wali…, del cual usted es decidido partidario.

El monje movió negativamente la cabeza.

—Yo soy partidario de la Verdad, nada más, señorita Montfort. Como usted bien ha dicho, lo que es, es; lo que no es, no debe ser. Y Nirkan Wali *es*.

—Pero todo está perdido, por el momento, ¿no es cierto? Wali está malherido, y Karlik Bonta ocupa el Trono. ¿No le parece que eso es definitivo?

—Karlik Bonta sabe que nada será definitivo hasta que muestre al pueblo el cadáver de Nirkan Wali. Sólo entonces quedará como jefe indiscutible de Kristanar. Naturalmente, sin decir que la muerte de Wali la ha provocado él… Pero necesita el cadáver de Nirkan Wali, así que… lo están buscando, desde hace ocho días, fecha del atentado.

—Eso quiere decir que, finalmente, subirán al Templo de las Nieves a buscarlo, ¿no es así?

—No es eso lo que nos preocupa, puesto que jamás podrían encontrarlo si nosotros, los monjes, no queremos.

—Ya. Y mientras lo buscan en vano, Nirkan Wali se va reponiendo… Y cuando esté bien, cabe la posibilidad de que reúna a sus fieles y se lance a una sangrienta reconquista del Trono.

—Sí. También Wali podría contratar mercenarios para conseguir eso.

—¡Ah, sí…! Ha dicho usted que el ataque se produjo por hombres provistos de armas de fuego y entrenados según normas occidentales. ¿Participaron hombres blancos en el golpe de Estado?

—Sí.

—¿Mercenarios?

—No sé. Supongo que sí. Eran blancos.

—¿Sabría decir de qué nacionalidad?

—No. Pero en su delirio febril, Nirkan Wali ha pronunciado varias veces un hombre: Cirilo Pafnutich.

—Ese es un nombre ruso —se irguió vivamente Brigitte.

—Sí.

De nuevo quedó pensativa la espía internacional. De pronto se puso en pie, fue hacia la librería, que ocupaba todo un lienzo de pared del enorme salón, y buscó entre los libros, hasta encontrar el que buscaba. Un gran atlas geográfico, con el cual en las manos volvió a sentarse frente al monje, que sorbía silenciosamente su té. Brigitte abrió el atlas y buscó la doble página que abarcaba el sudeste de Asia. Allá estaba Kristanar, efectivamente, formando frontera con China, Laos, Birmania y Vietnam… Un pequeño país, como metido en una bolsa, que formaban otros muchos más poderosos e importantes bajo todos los puntos de vista. Sin economía, prácticamente, sin accesos al mar, sin instalaciones de ninguna clase, con una población de apenas tres millones de habitantes…

—¿Puedo ayudarla con alguna información? —se ofreció el monje.

—Sí. ¿Qué hace un ruso en Kristanar?

—Lo ignoramos… Pero quizá podríamos saberlo pronto. En el palacio han quedado algunos fieles de Nirkan Wali esperando una oportunidad de hacer algo positivo. Pero están muy desconcertados, no tienen ni ideé de lo que pueden hacer…, salvo callar y seguir conservando la vida. Y escuchar.

—Que sigan escuchando. Por nuestra parte, todo lo que podemos hacer es esperar a conocer lo que ellos escuchen, y a que Nirkan Wali se reponga lo suficiente para intentar algo… Aunque debo advertirle, Dakyn que ni pienso utilizar mercenarios en ningún momento ni quisiera utilizar las armas.

—Sensei Inomura dijo que no importaba cómo usted resolvería

la situación.

—¿Qué más le dijo de mí?

—Nada más.

Brigitte se quedó contemplando, en silencio, al arrugado anciano de rapada cabeza y amarilla túnica. Por fin asintió con un gesto.

—Considérese en su casa, Dakyn. Y perdóneme si esta tarde lo dejo solo durante un rato: tengo pequeños asuntos personales que atender.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, se quedó mirando atónito a Brigitte Montfort, tras la pequeña sorpresa que había significado la visita de ésta a la floristería en la que tenía camuflado su cuartel general.

—¿Kristanar? —exclamó—. ¿Cómo se ha enterado?

—¿De qué me he enterado? —se sorprendió Brigitte.

—¡De lo de Kristanar! ¡Acaba de pedirme que llame a la Central para solicitar la máxima información sobre Kristanar!, ¿no es así?

—Sí… Así es.

—¡Muy bien! Yo no le había dicho a usted nada sobre eso, así que… ¿cómo se ha enterado?

—Me he enterado… ¿de qué, tío Charlie?

—¿No lo sabe?

Brigitte se armó de paciencia.

—Le aseguro que no sé lo que ha pasado en Kristanar. Estaba escribiendo un artículo para el *Morning* sobre los países no beligerantes en los intereses mundiales y…

—¡No beligerantes! —Exclamó Pitzer—. Bueno, entérese de esto, si es que realmente no sabía nada: en Kristanar se ha producido un golpe de Estado.

—No me diga… ¿Cuándo?

—Hace apenas veinte horas.

—¿Veinte *horas*? ¿No *ocho días*, por ejemplo?

—¿Días? Claro que no. Apenas hace uno. Al parecer, el jefe del Estado, un tal Nirkan Wali, estaba en relación con agentes secretos chinos, con los cuales se estaba comprometiendo a poner el país en manos de China. Así las cosas, un grupo de patriotas, al mando de un tal Karlik Bonta, se han apoderado del Gobierno, invadiendo el Palacio del Trono. Y mientras Nirkan Wali se daba a la fuga

ayudado por algunos de sus fieles, Bonta y los suyos están buscando pruebas concretas de su traición, que, de haberse consumado, habría convertido Kristanar en una provincia china. Naturalmente, la maniobra ha sido desbaratada, y la cabeza del traidor Nirkan Wali puesta a precio.

—Me parece natural —murmuró Brigitte—. ¿Cuál ha sido la reacción de los rusos ante este asunto, tío Charlie?

—¿Los rusos? ¿Qué tienen que ver los rusos en esto?

—¿No han sido mencionados? ¿No tiene Rusia intereses de ninguna clase en Kristanar?

—Que nosotros sepamos, no —negó Pitzer, un poco desconcertado—. Bueno, puede que tengan allá a alguien, claro, pero no se ha mencionado para nada la posibilidad de una intervención rusa.

—¿Tenemos nosotros intereses en Kristanar?

—Ninguno en absoluto. Pero, claro está, es muy posible que la Dirección decida meter las narices en Kristanar, a ver qué pasa. De todos modos, el asunto no ha sido considerado en modo alguno lo bastante interesante como para requerir los servicios de un agente de importancia… como usted, por ejemplo.

—Me parece acertado. A fin de cuentas, Kristanar está muy, muy lejos de aquí… Prácticamente, en la cumbre del mundo.

—Es un pequeño país que no vale nada. Seguramente les irá mejor siendo una provincia china.

—Sí, seguramente. Bueno, supongo que, por el momento, tendré que excluir a Kristanar de mi lista de países no beligerantes. Es una lástima… Gracias por su información, tío Charlie.

El monje Dakyn terminó de cenar, en silencio. No había pronunciado una sola palabra mientras consumía, reposadamente, la fruta, único componente de su condumio.

Entonces dijo:

—Es mentira. El golpe de Estado, *la traición* de Karlik Bonta se produjo hace ocho días, no veintidós horas. Han podido ocultarlo al pueblo, eso es todo. Pero no comprendo por qué actualizan el golpe de Estado, diciendo que fue hace menos de un día.

—Es el tiempo que han necesitado para pensar el plan —deslizó suavemente Brigitte—; Nirkan Wali es ahora un traidor, con la

cabeza puesta a precio, así que ya no hace falta presentar su cabeza para ser sustituido en el Trono por Karlik Bonta. Sencillamente, ha sido una buena jugada. Todo está ahora en marcha favorablemente para Bonta y los suyos. ¿Sabía usted que Wali quería poner el país en manos de China?

—Eso es absurdo. En todo caso: absurdo.

—En cambio, Nirkan Wali mencionó el nombre de Cirilo Pafnutich, en sus delirios… ¿Eso es seguro?

—Sí.

—Me pregunto —sonrió de pronto *Baby* Montfort— qué están tramando los rusos en Kristanar.

—Y yo me pregunto —la miró fijamente el monje— si usted va a ayudarnos, señorita Montfort. ¿Podemos hacer algo?

La espía más peligrosa del mundo sonrió amablemente.

—Siempre se puede hacer algo, Dakyn —asintió.

Capítulo II

Desde la ventanilla del avión se veían, a lo lejos, en la transparente mañana, las nieves perpetuas de las altas montañas de Kristanar, como pequeñas manchas de cegadora blancura, que parecían azul en algunos lugares, bajo los reflejos del sol.

Mucho más cerca, en el llano, casi debajo mismo del reactor de Air India, estaban los llanos, sofocados por el calor del húmedo verano. Parecían dos mundos diferentes, pese a que todo el país estaba a una media de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. El lejano, el de las montañas siempre nevadas, era como cristal de la más pura transparencia; el de los llanos, parecía arrugado con las reverberaciones del sol, al calentar éste capas de aire húmedo.

_ Muy pronto, el reactor de pequeñas dimensiones aterrizaba en el Aeropuerto Tanar, apenas a cinco kilómetros de la capital del país. Una ciudad con templos, eso era todo. Algunos de ellos, de cúpulas doradas, se veían relucir también desde el avión, como estallidos de oro…

Brigitte Montfort estaba pensando, en aquel momento, en su viejo amigo Sensei Inomura. En modo alguno podía admitir que el anciano Inomura la involucrase en algo que no fuese honesto; así pues, si Inomura había enviado a Nueva York al monje Dakyn, era porque la verdad y la razón estaban de parte de éste. Con todo, las palabras de Pitzer respecto a que a Kristanar quizá le fuese mejor siendo una provincia de China, le parecían muy razonables a Brigitte… ¿Por qué no? De ser un país pobre y aislado, pasaría a formar parte de un país que estaba destinado a una nueva grandeza, dentro de muy pocos años. Y Kristanar, simplemente, participaría en determinada medida de esa grandeza.

Vistas así las cosas, quizá la espía internacional se hubiese abstenido de intervenir, de no ser por la información de Dakyn respecto a que el malherido Nirkan Wali, en sus delirios, había

mencionado a un ruso llamado Cirilo Pafnutich. Tan sólo ese nombre, podía significar que China no tenía nada que ver con aquello, y sí Rusia. Y entonces... ¿qué buscaban los rusos en Kristanar? ¿Realmente el levantisco Karlik Bonta era un muñeco de Moscú, no de Pekín?

¿O no era muñeco de nadie, en definitiva, sino un hombre ávido de poder personal, simplemente? En ese caso...

—Están mucho más lejos de lo que parece —dijo su compañero de asiento, señalando las montañas—, pero no deje de ir si le es posible, señorita Connors. Vale la pena.

La señorita Lili Connors, hermosísima rubia de ojos verdes, se volvió a mirar amablemente al caballero hindú, elegantemente vestido a la europea, que se sentaba a su derecha.

—¿Qué hay que valga la pena en unas montañas nevadas, señor Sanapurna? —se interesó.

—Algunos templos, nada más. Y el aire más puro del mundo. Estuve una vez, y quedé sobrecogido de admiración. No debe ser muy difícil encontrar la paz allá arriba.

—Entonces, ya sabemos por qué hay templos —sonrió la rubia señorita Connors, periodista, pasaporte norteamericano—. ¿Cuál es el mejor método para ir allá arriba?

—El mejor y más barato —rió el hindú—: las propias piernas.

—Bueno... —rió también Lili—, la verdad es que no parece un paseo muy fácil.

—No lo es. Desde Tanar puede llegar al pie de las montañas en coche. Luego podrá ascender un par de miles de metros en caballo, quizá. Después sólo se puede ascender a pie... Y ahí es donde están los templos. En realidad, la parte más difícil es la primera: conseguir un coche.

—Se puede alquilar uno.

—Quizá. Pero casi le resultaría más barato comprarlo. Y a la vuelta, siempre puede volverlo a vender. De todos modos, no hay mucho donde elegir para comprar un coche usado. No creo que hayan más de quinientos automóviles en Tanar.

—¿De veras? —Abrió mucho los ojos Lili—. ¡Eso me parece maravilloso!

—¡Lo es! —Rió de nuevo el hindú—. Pero resulta un tanto incómodo, a veces. Y a fin de cuentas, los que vivimos en Calcuta ya

estamos acostumbrados a los automóviles. ¿Dónde vive usted, en Estados Unidos?

—En Nueva York.

—Oh… ¡Oh! Bien, me temo que echará de menos un coche. Debemos abrocharnos los cinturones.

El aviso se oía en el interior del avión, en un idioma que Lili no conocía; o quizá en varios, que a ella le parecían uno solo. Pero a los pocos segundos también fue dado en inglés. Efectivamente, iban a aterrizar.

En el aeropuerto, la periodista norteamericana no tuvo dificultad alguna. Por otra parte, ella era tan amable que ni siquiera se molestó por la atención que despertó a su alrededor: una nube de hombres, un auténtico enjambre, rodeó, sin disimulo alguno, a la mujer que tenía los cabellos color del sol, y la piel dorada como el *oro* viejo. El pasmo era tal, ante la deslumbrante y desconocida belleza de aquel ser humano, que el amable hindú Sanapurna se vio en verdaderos apuros para apartar a la muchedumbre ante el paso de Lili camino del autocar que los llevaría a la terminal, en Tanar. Y cuando se hubieron acomodado en el vehículo, las ventanillas se llenaron de cabezas, provistas de grandes ojos ligeramente oblicuos y negrísimos, que siguieron contemplando a la Mujer-Sol.

—No vienen muchos turistas a Kristanar —dijo Sanapurna—. Y, de todos modos, no es fácil que hayan visto otra mujer como usted.

—Supongo que les parezco un bicho raro —rió Lili.

—Pues… algo así. Pero no se preocupe por ellos: son inofensivos por completo. ¿Sabe usted lo que ha ocurrido en Kristanar hace tres días?

—No… ¿Qué ha ocurrido?

—Un golpe de Estado. Pasmoso, ¿verdad? Bueno, pues aún es más pasmoso el hecho de que los habitantes no hayan reaccionado en modo alguno. Y eso, a pesar de que el monarca depuesto está… o estaba considerado poco menos que un dios. Sea como sea, es como si nada hubiese ocurrido. ¿Tiene amigos aquí o piensa alojarse en un hotel?

—No conozco a nadie en Kristanar.

—Le sugiero el Uchajunga Hotel. Lleva el nombre del pico más alto del país, y, claro, no tienen más remedio que estar a su altura… en lo posible.

—Y usted… ¿en qué hotel estará?

—Yo sí tengo amigos en Kristanar —rió Sanapurna—. Vengo aquí con frecuencia, y tengo siempre el alojamiento asegurado. ¿Habla usted algún dialecto del país, quizá?

—No…

—Si me lo permite, la acompañaré al hotel y la dejaré instalada. Acabaría por arreglárselas sola, naturalmente; pero mi modesta ayuda la aliviará de pequeños problemas iniciales. En cuanto a su estancia en la ciudad —Sanapurna sacó una tarjeta y escribió algo en el dorso—, si en algún momento me necesita puede llamarme a este teléfono.

—¡Hay teléfono! —exclamó Lili, maravillada.

Se echaron a reír los dos.

Los cinco kilómetros fueron recorridos a buena marcha, sobre una carretera desigual que los hizo ir saltando en los asientos. Desde la terminal al hotel, Sanapurna pudo ofrecer a Lili uno de los poquísimos taxis vetustos que realizaban escasos servicios, en general.

Instalar a la señorita Connors en el hotel no fue gran complicación para el servicial hindú, que la acompañó incluso hasta la habitación que asignaron a la rubia viajera y se aseguró de que existía el mínimo confort.

—No sé qué habría hecho sin usted, señor Sanapurna.

—Lo mismo, pero con más complicaciones —rió él—. No deje de llamarme, si me necesita.

—Bueno… En realidad ya le necesito.

—¿De veras? —Brillaron los negros ojos del hindú.

—Pues sí… ¿Sabría usted cómo conseguirme un automóvil?

—Puedo intentarlo… —vaciló Sanapurna—. Pero quizá le llegue a costar hasta mil quinientos dólares. Es mucho dinero.

La señorita Connors abrió aquel curioso maletín rojo con florecillas azules que tanto había llamado la atención de Sanapurna. Sacó un fajo de billetes norteamericanos, contó unos cuantos y los tendió al hindú.

—Dos mil… Espero que tenga usted suficiente. Sanapurna contemplaba, atónito, aquella fortuna.

—¿Me confía usted dos mil dólares? —musitó.

—Hasta ahora, le he confiado mi persona… —sonrió ella—. ¿Por

qué no unos cuantos papeles?

El hindú parpadeó. Se guardó el dinero, hizo una inclinación de cabeza y abandonó la habitación, llevándose el dinero. La señorita Connors se quedó unos segundos mirando la puerta, pero acabó por encoger los hombros. ¿Qué importancia tenían dos mil dólares?

Su equipaje consistía en dos maletas y el maletín. Dejó éste sobre un silloncito, colocó las maletas sobre la cama y procedió a colocar su contenido en el armario empotrado en la pared, con su habitual meticulosidad, mientras miraba de un lado a otro. En Estados Unidos, o en Europa, un hotel como aquél habría sido considerado de baja categoría, por supuesto; allí, considerando que incluso tenía cuarto da baño en la habitación, podía considerarse de lujo…

Cuando terminó, abrió el balcón y se asomó. Las calles estaban empedradas y parecían mojadas… No. Simplemente estaban húmedas. Todo allí parecía hecho de piedra. Por encima de las casas de enfrente del hotel, destacaba una de aquellas grandes cúpulas doradas. El sol, como una gigantesca ala mojada, descendía sobre la ciudad silenciosamente… Todo era silencio allí, bajo el cielo intensamente azul.

—Qué lugar tan extraño… —murmuró Lili—. No estoy acostumbrada a este silencio, claro. Tampoco entiendo que el cielo esté completamente despejado y que, en cambio, se note esta humedad… Se diría que va a llover, pero luce el sol.

Cerró el balcón y volvió al interior de la habitación. Del doble fondo del maletín sacó su pequeña pistola silenciosa, de cachas de madreperla, y se la colocó en el muslo izquierdo, adhiriéndola con dos tiras de esparadrapo color carne. Luego, sacó el plano que el monje Dakyn le había hecho de Tanar, antes de separarse. Lo estuvo examinando con gran atención, asegurándose de que recordaría las vías principales y la posición del hotel.

Luego, bajó a almorzar al comedor, donde el silencio era sencillamente increíble. Desconfiando de someter su estómago a acontecimientos inesperados, optó por comer solamente fruta y té. Dieta que, por otra parte, puede prolongar la salud, y la vida misma, mucho más que cualquier ágape occidental.

Cuando estaba tomando el té se le acercó el hombre de raza blanca, sonriendo un tanto circunspecto. Era el único comensal de

raza blanca allí. Había naturales del país, nepaleses, algún hindú, algún chino… Pero sólo un hombre blanco. ¿Cabía asombrarse por el hecho de que aquel hombre intentase un acercamiento?

—Perdone… —Oyó su voz, en inglés.

Lili Connors alzó la mirada y sonrió al atlético pelirrojo de ojos claros, que la contemplaba con expresión risueña, quizá un tanto tímida. Vestía un traje blanco, no precisamente limpio, y el rozado cuello de su camisa se abría, mostrando un vello rojizo y abundante. Debía tener poco más de treinta años. Parecía simpático.

—¿Sí? —inquirió Lili.

—Mmm… Bueno, acostumbro a venir a almorzar aquí con cierta frecuencia, y he observado… ¿Hace muchos días que está en el hotel?

—He llegado hace una hora. ¿Por qué?

—He observado que sólo ha pedido fruta. ¿No le gusta la comida del país? Le aseguro que es agradable, y, en general, fácil de digerir.

—Agradezco su información. La verdad es que tenía un poco de miedo a trastornos intestinales.

—No debe temer nada al respecto… Permítame… Me llamo Roger Masters. Inglés, naturalmente.

—Lili Connors. Norteamericana… naturalmente.

—Lo he notado en seguida por su acento —rió Masters—. Por otra parte, sólo una chica americana se atrevería a venir sola a Kristanar. ¿O quizá no ha venido sola?

—Completamente sola. Puede sentarse, si lo desea, señor Masters.

—¡Claro que lo deseo! Muchas gracias… —Se sentó frente a ella, la miró con suma atención y movió la cabeza—. No hay muchos ingleses en Tanar, y los que hay suelen estar muy ocupados. Espero que mi deseo de conversación en mi idioma no la moleste.

—De ninguna manera, señor Master; todo lo contrario.

—Estupendo. ¿Viaja por placer?

—No del todo. Soy periodista. Me hallaba en Calcuta cuando leí que algo había ocurrido en Kristanar, y vine a ver si conseguía algún reportaje interesante.

—¿Sobre ese diminuto golpe de Estado? No creo que consiga nada. Aquí es como si nada hubiese ocurrido, excepto que en el

Palacio del Trono han habido cambios. La gente de aquí es muy fatalista: confían a Buda la resolución de todos sus problemas.

—Eso es muy cómodo, realmente. Y quizá práctico… ¿Son budistas en Kristanar?

—Budistas, confucionistas, lamaístas… Hay de todo un poco. Este pequeño país está influenciado por todos los que le rodean. Cualquier día se lo repartirán.

—¿Igual que si fuese un pastel?

—¡Más o menos! —rió Masters—. Siempre contando con que China no dé el primer mordisco, lo cual, según parece, ya ha intentado. Quizá podría ayudarla a escribir su reportaje, señorita Connors.

—¿Sobre asuntos políticos? —se sorprendió ella.

—Pues sí… ¿No es ése su objetivo?

—No exactamente. Mi intención es escribir una serie de reportajes… ¿cómo lo diría…? turístico-históricos. Bueno, ya sabe: costumbres, religión, historia, lugares de interés… Empecé en Baley hace un mes y… ¿Por qué me mira así, señor Masters? Parece muy sorprendido. ¿He dicho algo extraño?

—¡Claro que no! Ocurre que estoy asombrado de mi buena suerte… ¡Voy a poder ayudarla mucho más de lo que esperaba! Tengo aquí mismo, en Tanar, un amigo natural del país, que es precisamente un estudioso de la Historia Universal. Tendría que ver su casa… ¡Es una pura biblioteca!

—¿De veras? —exclamó Lili.

—¡Por la reina! —rió Masters; alzando una mano solemnemente —. Se llama Neko Kirog, y es un hombre muy amable. Millonario, claro está. En ocasiones hago pequeños trabajos para él…

—¿Pequeños trabajos? ¿A qué se dedica usted?

—Pues a eso —sonrió Masters—: a pequeños trabajos. Vine aquí con una expedición que pensaba alcanzar la cumbre del Uchajunga. Les dije que estaban locos, pero no me hicieron caso. De todos modos, mi trabajo era pilotar el helicóptero de abastecimientos, así que no era yo quien corría los riesgos, y me pagaban bien. Cuando desistieron de su empeño, decidí quedarme unas semanas en este lugar… y llevo ya año y medio.

—¡Santo cielo…! ¿Por qué?

—Me gusta el sitio. No, no se asombre. Los lugares hay que

conocerlos desde dentro, no desde fuera, como un turista. En mi opinión, la mayoría de los turistas de todo el mundo pierden el tiempo y el dinero. Hay quien cree, por ejemplo, que conoce Calcuta porque ha pasado una semana en esa ciudad… ¡Dios bendito, eso es imposible!, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con usted, porque yo he pasado varios días y me parece que no he visto nada.

—Hay que profundizar. Por ejemplo, en Tanar hay lugares discretos y deliciosos, a los que cuesta tiempo llegar. Nadie se los mencionará, nadie le aconsejará que vaya a tal sitio o haga tal cosa o tal otra… Son cosas que se van descubriendo con el tiempo. Y cuando se conocen, resultan sorprendentes y encantadoras. Bueno, también hay otro buen motivo para que mi estancia aquí se haya prolongado tanto: no he conseguido reunir el dinero para el pasaje en avión.

Se echaron a reír los dos.

—¡Podría irse usted por tierra! —exclamó Lili.

—¡Ni hablar! —Masters parecía aterrado—. ¡Usted no sabe dónde se ha metido, señorita Connors! ¿Por tierra, dice usted? No se lo aconsejo. Para llegar por tierra desde aquí a un sitio… adecuado, hay que hacer un viaje infernal. No, gracias. Prefiero mis pequeños trabajos… y mis apacibles tardes viendo a las bailarinas del Cielo con Lluvia de Oro mientras tomo mi *skit*… ¿Alguna vez ha bebido usted *skit*?

—No —murmuró Lili.

—Bien… —Masters pareció azorado, de pronto—. Realmente no tiene ninguna necesidad de beber eso. Aunque quizá le gustaría ver a las bailarinas. Supongo que habrá visto muchas en el Sudeste: Baley, Java, Tailandia, India, Laos… Sí. Yo también vi algunas, antes de venir a parar aquí. Y ahora las demás no me interesan. No… No me interesan…

—¿Vive usted con una bailarina? —susurró Lili.

Roger Masters quedó súbitamente serio. Luego, se pasó la lengua por los labios y, finalmente, sonrió, como un niño que pide disculpas, que intenta recuperar el favor perdido.

—Todo país tiene sus encantos para determinadas personas —dijo con voz un tanto ahogada—. Ya sabe cómo somos los ingleses: podemos establecernos en cualquier lugar del mundo. Y pienso,

sinceramente, que con bailarinas o sin ellas, con *skit* o sin *skit*, con dinero o sin dinero, en Kristanar se puede soportar todo… Todo. Incluso sus lluvias.

—¿Llueve mucho aquí?

—Si se queda sólo un par de días, usted verá lo que es llover, señorita Connors. ¿No lo ha notado en el ambiente? ¿No ha visto el sol, el cielo azul… y, en cambio, ha percibido la humedad?

—Sí… Sí, en efecto.

—Están al llegar… —Masters entornó los ojos—. Las presencié el año pasado y… Bueno, creo que estábamos hablando de usted. Mejor dicho, de mi amigo Neko Kirog. Le interesa la historia de todo el mundo y, claro, está escribiendo siempre sobre ello. Es un hombre un tanto… peculiar, pero creo que le gustaría conocerlo. Y él estará encantado de conversar de historia con una norteamericana. A veces, el contraste entre los puntos de vista sobre un mismo acontecimiento histórico resulta incluso emocionante.

—No quisiera molestar al señor Kirog con mi ignorancia, señor Masters.

—¿Qué dice usted? —Se echó a reír el británico—. ¡Si hay algo que le encante a un erudito, es poder demostrar con exquisita modestia cuantísimo sabe sobre su materia! Vamos, vamos… ¡En realidad, será mi amigo quien le estará agradecido a usted por su visita! Naturalmente, Neko habla nuestro idioma.

—Bien… Se lo agradezco sinceramente, señor Masters, pero podríamos dejarlo para otro día. En Calcuta he estado bastante activa, y luego el viaje hasta aquí… Estoy cansada, ésa es la verdad.

—Lo comprendo. Y me retiro ahora mismo.

—Gracias. Iré a descansar un buen rato. ¿Adónde puedo llamarle cuando esté lista para visitar a su amigo?

—¡Oh! Yo la iré llamando aquí, al hotel —sonrió el británico—. No soy persona fácil de localizar.

La señorita Connors sonrió deliciosamente. Se puso en pie y Masters la imitó rápidamente. Se dieron la mano y Lili salió del comedor. Poco después, estaba en su habitación. Su gesto ya no era tan dulce y angelical. Estuvo unos segundos pensativa, y tras fruncir el ceño, se dedicó a registrar a conciencia la habitación… Pero no. No habían micrófonos. Sin embargo, sus pensamientos estaban centrados en Roger Masters.

—Británico… —musitó con cierto desdén—. ¡Bah!

Desde hacía años, percibía a un ruso de aquellas características en cuanto lo veía. La pregunta, por tanto, era inevitable: ¿había entrado en contacto con el agente soviético llamado Cirilo Pafnutich?

Sacó la radio del maletín y apretó el botoncito de llamada, sonriendo un tanto divertida. Tardó algunos segundos en oír la voz del monje Dakyn en el aparato.

—¿Diga…?

—Buenas tardes, Dakyn —casi rió la divina espía—. Aquí me tiene: he llegado el día y la hora previstos.

—Gracias. ¿Todo está bien?

—Por ahora, sí. Necesito saber algo con urgencia. ¿Cómo es, en el aspecto físico, el ruso Cirilo Pafnutich? ¿Lo sabe?

—Pequeñas informaciones llegadas del Palacio del Trono, procedentes de los fieles de Nirkan Wali que todavía permanecen allí, me permiten complacerla. El aspecto físico de Cirilo Pafnutich parece ser inconfundible: es un hombre de mediana estatura, muy ancho de hombros, ojos oscuros, cabellos negros y cortos, boca y orejas desusadamente grandes, cejas muy pobladas… Tiene un par de cicatrices al lado derecho de la nariz.

—Ya… —se desencantó Lili, pues la descripción no podía ser más opuesta a la que habría hecho el monje sobre Roger Masters—. Está bien, gracias. ¿Alguna novedad?

—Ninguna que no conozcamos.

—¿Cómo está Nirkan Wali?

—Ha mejorado. No hay obstáculo para nuestros proyectos.

—Entonces, hasta luego.

—Hasta luego.

La señorita Connors cerró la radio, la guardó y se tendió en la cama. Un instante después, estaba dormida.

Capítulo III

No se sorprendió demasiado por el hecho de que el coche, un viejo, casi arcaico «Povieda», estuviese esperándola delante del hotel. El conserje tenía las llaves y explicó que el señor Sanapurna no había querido molestarla sólo para dárselas a ella. Con fas llaves, le entregó un sobre que contenía setecientos dólares. De pronto, alegremente, Lili Connors dedujo que, por fortuna, todavía quedaban personas dignas de confianza en este mundo.

Pensó en llamar a Sanapurna para darle las gracias, pero optó por dejarlo para ocasión más propicia.

Debían ser las seis de la tarde cuando Lili inició su paseo en coche por Tanar. El sorprendente paseo. En el centro, las avenidas eran de una amplitud incluso exagerada. En el barrio periférico, las calles se retorcían, estrechas, bordeadas por casas de piedra y barro mezcladas con auténticas chozas. Pero, eso sí, los templos de estos barrios no tenían nada que envidiar a los que había en el centro. Grandes, magníficos, impresionantes. En medio de una evidente miseria, el majestuoso templo se alzaba, reluciente, como queriendo llegar al cielo intensamente azul. En el centro, los kristaneses aparecían aceptablemente vestidos, y llevaban los cabellos largos. En la periferia, casi todos llevaban la cabeza afeitada y, ciertamente, su indumentaria era pobre y exigua. En determinada calleja por la que circuló a pie, un montón de niños medio comidos por las moscas (enormes moscas de tono verdoso) la contemplaban con los ojos tan abiertos, como si estuviesen presenciando poco menos que la aparición de una Divinidad, indiferentes a las picaduras de las gigantescas moscas que zumbaban en el extraordinario silencio…

El contraste entre aquel mundo y el suyo habitual tenía profundamente impresionada a Lili Connors. De un mundo febril, bullicioso, caracterizado por la abundancia de todo, la

mecanización y el confort más refinado, había pasado a un lugar que parecía no formar parte del planeta Tierra. La miseria no sólo se veía, sino que se olía en abundancia. Y aquel silencio…

Aquel terrible silencio. Un simple sonido en las piedras de la calzada era como una campanada. La mayoría de los kristaneses pasaban lentamente, mirándola sorprendidos, dejando de contemplar el cielo por unos segundos… para volver a mirarlo en seguida. Estaban esperando las lluvias. Un día, dos, tres…, pero las lluvias monzónicas llegarían. Era inevitable.

Como era inevitable la llegada de la noche, cosa que sucedió con la clásica rapidez tropical. Para entonces, Lili Connors había tenido motivos para alegrarse de la escasa circulación de vehículos como el suyo por Tanar. Carros, bicicletas, motocicletas, algunos autobuses, triciclos a pedal, eran corrientes. Pero no los automóviles, así que se fijó en el acto en el que estuvo siguiéndola durante no menos de media hora. Luego, este coche desapareció… Pero al poco rato, se dio cuenta de que llevaba otro diferente, detrás. Y casi una hora más tarde, el auto fue cambiado por otro más. Dada la escasez de coches en Tanar, se podía pensar que todo era casual, ya que no era fácil disponer de tres vehículos. Pero las cosas son fáciles o difíciles según para quién. Por ejemplo, para el servicio secreto soviético, o el chino, no debía ser demasiado difícil poder disponer de tres o más vehículos incluso en Tanar.

Ya de noche cerrada, Lili entró en un restaurante que, desde fuera, parecía incluso elegante. Y hasta cierto punto lo era. Limpio, bien alfombrado, luz abundante, camareros nativos vestidos completamente de blanco con gran pulcritud… La espía encargó la cena, y mientras la esperaba fue a telefonear a su hotel, donde dejó el recado de que aquella noche no iría a dormir, pues había sido invitada a la casa que tenía en Tanar el caballero que había llevado el coche para ella.

Cuando volvió a sentarse ante su redonda mesita adornada con la efigie, en cerámica, de una extravagante diosa cuya cabeza se utilizaba para colocar flores, la espía vio, en una mesa cercana, a los dos silenciosos, impávidos, impenetrables comensales chinos…, que no estaban allí cuando ella había llegado. En cambio, no había ni rastro de Roger Masters.

La cena fue una divertida sesión de mímica por parte de Lili

Connors. Animada por las aseveraciones de Masters respecto a la comida del país, pidió tres platos de la carta que le presentaron, naturalmente, sin saber lo que pedía… Cuando vio ante sí las tres montañas de carne condimentada profusamente, se echó a reír, para delicia de los camareros, que también lo pasaron estupendamente… Todo terminó con la consumición de uno de los platos, café y una excelente propina.

Al salir a la calle, Lili Connors no tuvo necesidad de volver la cabeza para saber que los dos chinos iban tras ella. Bien: ¿por qué sorprenderse? Un ruso había hecho contacto con ella, y un par de chinos, por lo tanto, la habían detectado, ya que, evidentemente, vigilaban al ruso.

Fantástico. Sencillamente fantástico, el hecho de que el espionaje llegaba a los más apartados rincones del mundo. Y, por supuesto, el asunto se estaba poniendo serio: los servicios de espionaje ruso, chino y norteamericano estaban actuando en Kristanar… Aunque en el caso de Lili Connors, esto no era exacto, ya que estaba actuando por cuenta propia, como tantas otras veces, sin que la CIA estuviese al corriente de sus actividades.

Actividades sencillas, por otro lado. La operación fue en verdad simple: Lili Connors condujo su «Povieda» hasta el límite del centro con la periferia; dejó el coche estacionado y se metió por una de las callejas ascendentes, deteniéndose ante uno de los primeros portales; abajo, el coche que la seguía, con dos chinos en su interior, se detuvo, y los dos chinos se apearon rápidamente, emprendiendo la ascensión por la empinada calleja en pos de su presa, que desapareció en la oscuridad de un portal; segundos después, los dos chinos pasaban, silenciosos como sombras, calle arriba; Lili esperó diez segundos, regresó velozmente, directa hacia el coche de los chinos, se metió dentro y tiró del cierre del capó, que se alzó delante de ella; se apeó, examinó un instante el motor y de un tirón arrancó un cable; bajó el capó y se dirigió hacia su coche.

Estaba entrando en éste cuando vio aparecer a los dos chinos, que echaron a correr hacia su coche. Cuando se alejó de allí, una sonrisita estiraba los sonrosados labios de Lili Connors: naturalmente, para cuando los chinos hubiesen reparado la sencilla avería, ella ya estaría muy lejos.

O al menos, lo bastante lejos. Llegó, ya sin escolta, al lugar de la cita, siete minutos más tarde. Detuvo el coche casi delante mismo del templo indicado por Dakyn, y miró hacia la escalinata. No vio a Dakyn, pero sí a cuatro o cinco hombres sentados en los escalones; no les prestó mucha atención, ya que la dedicaba toda a localizar al monje, que, según lo convenido, vestiría un simple *shari* blanco.

Y estaba ya pensando que Dakyn no había llegado todavía a la cita cuando, junto a las columnas que flanqueaban la entrada al templo, vio una forma blanca que apareció y desapareció. La aguda vista de Lili identificó en el acto a Dakyn, en aquel brevísimo espacio de tiempo. Entonces hizo destellar dos veces las luces del coche.

Pero Dakyn permaneció allí, sin moverse. Ya localizado, Lili podía distinguir la mancha blanca de su largo *shari* en la oscuridad. Volvió a utilizar las luces del coche para atraer su atención, pero el monje permaneció en el mismo sitio. La espía internacional apretó los labios y estuvo así unos segundos. De pronto, salió del coche y se dirigió a la escalinata del templo.

Segundos después se detenía delante del arrinconado monje.

—Dakyn, le estoy…

—Márchese… —susurró el monje—. ¡Márchese en seguida! No se detenga aquí; que no se den cuenta de que está hablando conmigo.

—¿Qué ocurre?

—¡Márchese! Creerán que me ha preguntado algo, y todo irá bien para usted. Yo me las arreglaré.

—¿Lo están vigilando? ¿Son esos hombres de las escaleras?

—Sí, sí… ¡Váyase, por favor!

—No. Tengo el coche ahí, he venido a Kristanar para hablar, en primer lugar, con Nirkan Wali, y eso es lo que vamos a hacer. Camine hacia el coche, Dakyn.

—¡No sea insensata…! ¡Nos van a matar a los dos, son Dragones de Bonta!

—Le he dicho que venga conmigo al coche.

—No lo entiende… —Casi gimió el anciano monje—. ¡Usted no entiende! Creí que nadie se fijaba en mí, pero he comprendido que comenzaron a vigilarme en cuanto regresé de Estados Unidos… No se han dejado ver hasta ahora, cuando han comprendido que yo

venía aquí a ver a alguien. Quise llamarla por medio de su aparato, pero me habrían visto hacerlo, me habrían oído… y si me hubiesen quitado el aparato, quizá habrían podido engañarla a usted y capturarla. ¡Si no he acudido al coche al ver la señal es porque no debía hacerlo!

Lili adelantó una mano y asió el blanco *shari* a la altura del codo derecho de Dakyn.

—Vamos al coche —dijo, con voz que sorprendió al monje.

Tiró de él, volviéndose; al terminar de volverse, vio a los hombres que habían permanecido sentados en las escaleras, poniéndose en pie, lentamente, Vueltas las cabezas hacia ellos. Eran exactamente cuatro.

—¿Qué significa exactamente eso de Dragones, Dakyn?

—Karlik Sonta siempre ha sido un hombre rico y poderoso, y ha dispuesto de escolta personal… Tiene a su servicio los hombres más fuertes y peligrosos de Kristanar, divididos en grupos: Dragones, Sierpes y Tigres… Esos son Dragones.

—¿Cómo sabe que no son Sierpes, por ejemplo?

—No, no… Los Sierpes son más pequeños, y aparecen de pronto: su ataque es siempre mortal. Los Tigres son más grandes y fuertes que éstos, para cosas más importantes, pero no siempre mortales, como cuando intervienen los Sierpes.

—Ya entiendo: resulta que los Dragones son… la soldadesca, y los Sierpes y los Tigres son los oficiales de las fuerzas privadas de Bonta. ¿Es así?

—Sí… Sí, algo así. Ahí vienen… ¡Ahora querrán…!

Lili Connors se subió la falda, despegó la pistola de su muslo izquierdo, apuntó una fracción de segundo y disparó; la diminuta bala se hundió con seco crujido en el centro de la frente de un Dragón, que exhaló un gemido y cayó de bruces en la escalinata.

Tres sonidos a cuál más leve: el del disparo silencioso al máximo, el impacto de la bala en la frente, el gemido del hombre.

Los otros tres quedaron como petrificados un instante. Sólo un instante… Uno de ellos sacó velozmente un largo cuchillo reluciente y lo lanzó con escalofriante maestría hacia Lili Connors, que dio un saltito y se encogió, flexionando las rodillas; el cuchillo pasó rozando su cabeza y fue a chocar con vibrante tañido contra el muro de piedra… mientras los otros dos Dragones saltaban hacia la

espía, sacando también sus cuchillos.

El siguiente disparo de Lili coincidió con el choque de uno de los Dragones contra ella: un choque terrible, pues el hombre se había lanzado en plancha, con el cuchillo por delante. Para evitar la aguda hoja, Lili tuvo que cambiar de postura, con lo que su disparo salió desviado, mientras la cabeza del hombre chocaba contra su pecho, derribándola de espaldas. El Dragón cayó sobre ella, alzó el cuchillo y descargó un golpe que iba directo a la garganta de Lili. Contemplando con desorbitados ojos aquel crispado rostro reluciente sobre ella, Lili sólo acertó a desplazarse con los hombros hacia un lado…

El cuchillo pasó rozando su cuello y golpeó en el piso de piedra, arrancando chispas. Simultáneamente, el tercer disparo de Baby pareció otra chispita más, silenciosa. Al leve resplandor, vio cómo el ojo derecho del Dragón desaparecía en un surtidor de caliente líquido que la salpicó, un instante antes de que la cabeza del hombre fuese hacia atrás.

Con agilísimo gesto, Lili se quitó de encima el cadáver del Dragón, y se puso en pie de un salto, crispada, mirando a todos lados con los ojos muy abiertos.

La escena que presenció duró, en realidad, poco más de un segundo: el monje Dakyn tenía el brazo derecho extendido, con los cinco dedos formando una garra, y ante él, lanzando un espantoso chillido, uno de los Dragones soltaba su cuchillo para llevarse las manos a los ojos, y retrocedía… Simultáneamente, el cuarto Dragón, que se disponía a clavarle a ella el cuchillo en el pecho, emitía un berrido, soltaba el cuchillo y se llevaba las manos a la espalda, curvándose hacia atrás. Una décima de segundo más tarde, como algo irreal, lejano, remotísimo, Lili captó, en alguna parte, el rojo resplandor de otro disparo silencioso, y el Dragón al que Dakyn había arrancado los ojos con un golpe llamado «picotazo de la serpiente», bramaba de nuevo, y saltaba por el aire, para caer de cabeza sobre un escalón y seguir rodando hacia abajo, hacia la solitaria y mal iluminada callé.

Por instinto, Lili se dejó caer de rodillas nuevamente, temiendo la nueva dirección de aquellos misteriosos disparos que habían eliminado a dos Dragones; su mirada describió velocísimamente un semicírculo, hacia las sombras, pero nada pudo ver.

Ya no más disparos, no más fogonazos.

Miró a Dakyn, que permanecía en pie, todavía con el brazo extendido, los dedos en forma de garra…, pero la cabeza caída sobre el pecho. Parecía una estatua.

La espía corrió hacia él, le asió por el brazo alzado y tiró de él.

—¡Vámonos! ¡Puede llegar alguien o salir alguna persona del templo! ¡Dakyn, corra!

Tirando de él, llegaron al coche. Lo empujó al asiento de atrás, se colocó ella ante el volante y partió, un poco encogida, mirando a todos lados.

Pero no. No más disparos, no más fogonazos.

Quienquiera que hubiese ayudado a la agente Baby, se había esfumado en las sombras.

Capítulo IV

Siguiendo las indicaciones de Dakyn, Lili Connors condujo el coche hasta el límite de lo posible. Y allí, en aquel lugar que parecía el fin del mundo, la espía divisó, a la luz de la límpida luna, a dos hombres de cabeza rapada ataviados con túnicas que debían ser amarillas, pero que tenían un extraño color de plata mezclada con oro.

—¿Son monjes? —musitó.

—Sí. Nos están esperando.

No sólo esperaban los dos silenciosos y fantasmales monjes, sino cuatro caballos, de pequeña talla, desusadamente peludos. Nada más salir del coche, Lili se estremeció bajo el intenso frío nocturno, pero no dijo nada. La ayudaron a colocarse sobre la silla de piel de oso y reanudaron la marcha sin cambiar una sola palabra, pero proporcionando a la espía una piel de oso, con la que se envolvió.

La ascensión a caballo, que duró más de una hora, no fue nada fácil, hasta el punto de que Lili no tuvo ocasión de prestar atención al frío; toda su atención tuvo que dedicarla a mantenerse en la silla, agarrándose con frecuencia al cuello del caballo. Aquello era, en verdad, muy distinto a dar un paseo a caballo en su club de hípica cercano a Nueva York…, al que se prometió asistir con más frecuencia.

Calculó que debía ser cerca de la una de la madrugada cuando los caballos entraron en una gruta por una estrecha grieta que nuevamente fue obturada por una roca. Oscuridad total.

—Por aquí —dijo Dakyn.

Lili notó la huesuda y fría mano del monje tomando una de las suyas y siguió la dirección del anciano. No menos de diez veces sus hombros chocaron con las duras paredes de roca, ásperas y desiguales, produciéndose contusiones de escasa importancia. La ruta era ligeramente ascendente y, por fin, volvió a sonar la voz del

viejo monje:

—Ahora tenemos que subir unos cuantos peldaños. Empiece por el primero ya mismo, y no se preocupe por nada más. Si se cansa, nos iremos deteniendo.

—¿Cuántos peldaños hay?

—Quinientos veintisiete.

—¡Dios mío…!

No se molestó en contarlos; pero sí tuvo que detenerse a descansar cuatro o cinco veces. En la total oscuridad, oía junto a ella la respiración ligeramente alterada de Dakyn. Detrás de ella, en peldaños inferiores, iban los otros dos monjes, pero Lili apenas oía su respiración. Ni siquiera el roce de sus pies sobre la roca… En realidad, la única que hacía ruido y jadeaba, allí, era ella. Tuvo que desprenderse de la piel de oso, que llevó doblada en un brazo. Su poderoso corazón atlético, perfecto como una máquina de cincuenta y seis pulsaciones por minuto, estaba sufriendo una dura prueba.

Prueba que, finalmente, terminó. Los peldaños terminaron. Una roca fue movida, y Lili vio la luz de la luna. Salieron de aquella especie de nido ascendente de gusanos, y mientras los dos silenciosos monjes (¿serían mudos?) colocaban de nuevo la roca que ocultaba la salida, Lili se apresuró a ponerse de nuevo la piel de oso.

El frío era espantoso y supo que estaba justificado cuando vio algunas manchas de nieve, como verdadera plata azul a la luz de la luna.

—¿Falta mucho? —Casi tartamudeó.

—Para una expedición normal, no menos de cinco horas de ascensión por la montaña —replicó Dakyn—; nosotros llegaremos al templo en menos de una hora… si usted puede seguir nuestro camino secreto.

—¿De verdad tiene usted ochenta y cuatro años? —exclamó Lili.

Vio brillar los escasos dientes amarillentos del monje, y oyó su leve risa amable.

Cuando llegaron, finalmente, a la zona amesetada, había transcurrido, por lo menos, hora y cuarto, y Lili Connors estaba al borde del agotamiento. De cuando en cuando, habían tenido que caminar sobre nieve, dejando profundas huellas que los dos monjes iban borrando por medio de un trozo de piel que arrastraban. Una

pesada piel que iba alisando de nuevo la nieve…

El templo apareció de pronto, sorprendentemente, casi sobresaltando a Lili la enorme mole que pareció ser proyectada hacia el cielo. Se detuvo entonces y se quedó mirándolo, lanzando gruesos chorros de vapor por su entreabierta boca.

El nombre de Templo de las Nieves estaba plenamente justificado. Había nieve por todas partes, y tan sólo de imaginarse cómo sería aquel lugar, en pleno invierno, produjo escalofríos a la espía internacional.

—¡Cielo santo…! —jadeó—. ¿Por qué viven ustedes aquí?

—Quiza, precisamente, para estar más cerca del cielo… —dijo reposadamente Dakyn—. Quiero que sepa que no he sido precisamente elogiado por haber aceptado la sugerencia de Sensei Inomura respecto a recurrir a una mujer para que nos ayude.

—¿Qué quiere decir? —Le miró vivamente Lili.

—Nunca, jamás, desde que fue construido, ha entrado mujer alguna en el Templo de las Nieves. Y le estoy hablando de cientos de años.

—¡Debió decírmelo antes! Nunca me ha gustado actuar en contra de los preceptos ajenos, Dakyn. Tengo por norma respetar todas las normas ajenas.

—Ya no importa. Nosotros pensamos que todo en el universo puede cambiar en un momento dado. ¿Por qué no unas normas monásticas? Sólo esperamos que, cuando esto termine, usted olvide que alguna vez estuvo en el Templo de las Nieves… Y mientras tanto, nosotros nos dedicaremos a meditar sobre el hecho de que una mujer nos haya visitado… Quizá lleguemos a conclusiones interesantes. Tiene que ponerse una túnica.

Uno de los monjes le tendió un paquete, que era la túnica enrollada. Lili la desplegó, se la puso y miró a Dakyn, que asintió con gesto afable.

—Por la mañana —murmuró— podrá gozar de la belleza de nuestros jardines, de nuestros arrojos, del canto de los pájaros. De momento, creo que lo mejor es que se dedique a descansar.

—¿Quiere decir que no voy a ver a Wali esta noche?

—Es lo más conveniente. Usted reposará, y él estará mejor por la mañana.

En el gran muro de enormes piedras, una pequeña puerta de

madera se abrió, enmarcada en la gran puerta de casi cinco metros de altura y cuatro de anchura.

Por primera vez en más de mil quinientos años, una mujer entró en el Templo de las Nieves.

La primera señal de la llegada del nuevo día no fue la luz, sino el canto de un pájaro.

Lili Connors se removió, envuelta en pieles colocadas a modo de lecho en el durísimo suelo, y abrió los ojos. Todavía vio la amarillenta luz de las velas colocadas en el gran candelabro. Luego miró hacia el hueco de una de las ventanas y vio una difusa claridad, de tono entre azul y anaranjado. El pájaro seguía cantando…

Se puso en pie, mirando a su alrededor. Aunque no había nada que ver, salvo el suelo, las paredes y el gran candelabro. Se había tenido que acostumbrar al olor a cera.

Salió de entre las pieles como una mariposa del capullo, dejándolas caer a sus pies. Se puso los zapatos, y fue hacia la ventana, para mirar al exterior. Había nieve, pero también un bello jardín que, en aquel momento, parecía envuelto en resplandor de fuego procedente del este. Árboles, flores, un arroyo que discurría entre manchas de nieve teñida de color rosa; las aguas tenían la transparencia del más puro cristal. El pájaro dejó de cantar, y el silencio fue terrible, impresionante. Pero al poco, llegaron más pájaros, y se inició una alegre «conversación» entre ellos y el primero.

—Seguramente —sonrió Lili— les está diciendo que hay una mujer en el Templo de las Nieves… Y me gustaría saber qué opinan de ello.

Estuvo allí unos diez minutos, gozando de la paz, el silencio y la belleza. Abajo, y lejos, se veían montañas nevadas. El aire tenía una transparencia absoluta. El frío era muy soportable… Regresó a su lecho de pieles de oso, junto al cual estaba su maletín rojo con florecidas azules, lo abrió, y sacó un cigarrillo… Pero no llegó a encenderlo. Lo guardó de nuevo en el paquete, se sentó sobre las pieles, adoptó la postura del Loto, y quedó inmóvil, con los ojos cerrados.

Cuando los abrió, Dakyn estaba sentado ante ella, con las piernas cruzadas, observándola atentamente, inescrutable su

arrugadísimo rostro, inexpresivos sus pequeños ojos negros.

—¿Está en paz? —murmuró el anciano.

—Sí.

—Nirkan Wali agradecería su visita.

—¿Ya? Apenas ha amanecido…

Dakyn sonrió amablemente.

—Las personas que tienen Luz propia contribuyen al amanecer. Nirkan Wali y usted disponen ya de luz suficiente.

—¿Quiere decir que yo tengo luz propia? —sonrió Lili.

—Eso es evidente.

Dakyn se puso en pie, y Lili le imitó. Salieron del amplio aposento, y el monje señaló hacia el fondo del pasillo que distribuía las celdas. En el silencio del lugar, los zapatos de Lili Connors repiquetearon como cañonazos… La espía se detuvo, y se los quitó. Dakyn no dijo nada, pero su mirada expresaba un sincero agradecimiento.

Recorrieron el pasillo y luego cruzaron la gran sala de las oraciones, en cuyo centro había un candelabro enorme, con no menos de quinientas gruesas velas. Por todos los rincones había monjes postrados. Ni uno solo de ellos alzó la cabeza rapada. De alguna parte llegó, sorprendentemente, el canto de un pajarillo. Uno de los monjes alzó la cabeza, y Lili pudo ver sus negros ojos grandísimos, muy abiertos, que se fijaron en ella. Tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa al comprender que aquel monje no debía tener ni siquiera catorce años… Era prácticamente un niño.

Dakyn había vuelto la cabeza hacia el muchacho, y Lili pudo ver el gesto de censura con que le miró. Pero no hubo comentario alguno.

Nirkan Wali estaba en un aposento de proporciones colosales, al fondo, tendido en un lecho igualmente de pieles de oso, casi al pie de una de las ventanas. Junto a él, sentado con las piernas dobladas bajo el cuerpo, había dos monjes, que a Lili le parecieron aún más viejos que Dakyn. Mucho, muchísimo más viejos. No se movieron cuando ella llegó. Pareció que ni siquiera la miraron.

Pero Nirkan Wali se sentó, cruzó las piernas, y se quedó mirando a la espía internacional… La cual, a su vez, contemplaba grandemente impresionada al Guía y Señor de Kristanar. Dakyn la

tocó con un dedo por detrás, en la espalda, y Lili creyó comprender: se sentó delante de Nirkan Wali, en el duro suelo, cruzando las piernas, como él, y siguió observándole.

Sí. Realmente impresionante.

Impresionante y extraordinario.

—He estado meditando —dijo de pronto Nirkan Wali, con voz profunda y en perfecto inglés— en el castigo que deberemos imponer a Dakyn por haber aceptado la sugerencia de recurrir a una mujer para que me ayude. ¿Puede sugerirme algo al respecto?

—¿Desean castigar a Dakyn? —preguntó a su vez Lili.

—No lo deseamos; pero debemos hacerlo.

—¿Por haber traído una mujer al Templo de las Nieves?

—En efecto.

Lili Connors miró a los dos silenciosos monjes, que parecían estatuas de barro. Y de nuevo a Nirkan Wali.

—¿El castigo ha de ser leve o severo? —inquirió—. Muy severo.

—Entonces, sólo puede haber un castigo para Dakyn.

—¿Debemos matarlo? —preguntó el Guía y Señor de Kristanar.

—La muerte no es ningún castigo para ustedes… —Movió la cabeza Lili—. Si realmente desean castigarle severamente, bastará con que le expulsen para siempre del templo. No creo que se pueda encontrar un castigo peor para Dakyn.

Nirkan Wali permaneció en silencio por el dilatadísimo espacio de diez minutos. Parecía que todos se hubiesen convertido en piedra.

—Imagino —dijo de pronto— que usted tiene la costumbre de desayunar.

—Puedo prescindir de ello. Tengo reservas.

—¿Para cuánto tiempo?

—Cuatro o cinco días. Quizá una semana. Pero no voy a permanecer aquí todo ese tiempo. Soy una mujer occidental, y sólo he venido aquí para escucharle. Bastará con unos minutos.

—¿Qué quiere escuchar de mí?

—Sus argumentos, para decidir si debo ayudarle o no.

—¿Usted decidirá si debe ayudarme?

—Sí, yo. Nadie más.

Nirkan Wali sonrió, y su rostro se llenó de resplandeciente luz.

—He pasado por privaciones y martirios voluntarios de muchas

clases —informó—, pero jamás había experimentado el dolor que proporciona una bala. Es un dolor inferior a otros que conozco, pero desagradable y humillante. ¿Alguna vez se ha sentido humillada?

Lili Connors no vaciló en responder:

—Nunca.

—¿Nunca? ¿Cómo es eso posible?

—La humillación está en nosotros mismos. Yo puedo ceder y ser humilde, pero no por eso sentirme humillada. Solamente se siente humillado el que es capaz de dejarse herir por los acontecimientos, en lugar de aceptarlos como componentes de la vida, y obtener enseñanzas de ellos. No hay nada en la Vida que pueda humillar al Hombre; en cambio, todo puede enseñar algo al Hombre.

—Eso quiere decir que yo debo haber aprendido algo al recibir una bala en mi cuerpo, pero que no debo sentirme humillado.

—Así lo pienso.

—¿Qué clase de persona es usted?

—No inferior a usted. No inferior a nadie.

Los dos monjes estaban mirando ahora a Lili Connors. Todavía inexpresivos, pero con visible atención. Por supuesto, entendían perfectamente el inglés, dedujo Lili.

—¿No se considera usted inferior al Guía y Señor de Kristanar? —preguntó éste.

—En ningún aspecto.

—¿Ni siquiera debido a su sexo?

—El sexo es sólo una determinante física, no una cualidad o categoría especial en el ser humano. ¿Era un ser inferior la mujer que dio a luz al Guía y Señor de Kristanar? En ese caso, el Guía y Señor de Kristanar sería un ser inferior, ya que sólo podemos obtener seres inferiores de los seres inferiores.

—El Guía y Señor de Kristanar no nació de una mujer.

—¿De quién, entonces?

—Todo el mundo sabe que el Guía y Señor de Kristanar llegó del cielo envuelto en un lecho de nieve que transportaban las estrellas. Así se cuenta, así fue. ¿No lo cree usted?

—¿Por qué no?

—¿Lo cree? En ese caso, evidentemente, reconoce que usted es inferior a mí.

—Evidentemente.

—¿Lo reconoce? ¿Lo admite?

—No tengo inconveniente en ello. ¿Puedo retirarme?

—¿Retirarse? ¿Adónde?

—Deseo regresar a Nueva York.

—¿Cómo se entiende eso? ¿Acaso no ha venido usted a Kristanar para ayudarme?

—Pensé que podría hacerlo. Pero ¿cómo podría un ser inferior ayudar a uno superior? ¿Cómo podría un simple mortal, que para colmo de desgracias es mujer, ayudar a un ser que llegó procedente del cielo envuelto en nieve y acompañado de estrellas…? Mi osadía no es tan grande, así que dejaremos que sea su padre el cielo, su madre la nieve y sus hermanas las estrellas quienes ayuden al Guía y Señor de Kristanar, Luz del Mundo.

En los ojos de Nirkan Wali había una sonrisa. En los de los dos ancianos monjes destellaba la estupefacción. Detrás de Lili, Dakyn estaba lívido, aterrado.

—¿Qué podría usted hacer por mí? —inquirió el monarca.

—Por usted no podría hacer nada, ni deseo hacer nada, por lo tanto. Todo lo que yo hiciese, sería por Kristanar y sus tres millones de seres inferiores, a los que deseo evitar sufrimientos e injusticias. Solamente por eso he venido a Kristanar.

—¿No por mí?

—Si Kristanar recibe, realmente, más beneficios de usted que de Karlik Bonta, yo le repondré en el Palacio del Trono. Si no, dejaremos las cosas como están.

—Puedo ordenar que le corten a usted la cabeza.

—Hágalo.

—¿No le importa?

—Sí.

—Pero no cree que yo sea capaz de dar esa orden. —Le creo perfectamente capaz.

—Ya entiendo. Usted tiene una pistola, y si yo diese esa orden, sería el primero en morir. ¿No es eso?

—No. Se trata solamente de que usted está buscando mi línea de humillación, porque está convencido de que existe. Pero no existe. Mi cuerpo puede ser humillado por un millón de modos diferentes. Pero mi integridad espiritual seguirá siempre intacta. Estamos perdiendo el tiempo los dos.

—Como desayuno, puedo ofrecerle té y fruta.

—Es suficiente para mí.

Nirkan Wali miró a Dakyn, que se puso en pie y salió del aposento. El monarca miraba con verdadero interés a Lili Connors.

—¿Cuáles son sus posibilidades de ayudarme?

—Se dice que usted estaba en relación con el servicio secreto chino, para encauzar las cosas de modo que Kristanar se convirtiese en una provincia china… ¿Es eso cierto?

—No —negó Wali.

—¿Qué sabe, exactamente, de Cirilo Pafnutich?

—Es un ruso que llevaba tiempo viviendo en Kristanar, y que ha colaborado en el… golpe de Estado.

—¿Pafnutich no es pelirrojo?

—No.

—¿Conoce a un pelirrojo llamado Roger Masters?

—Nunca he oído ese nombre antes de ahora.

—Neko Kirog… ¿Y este nombre, lo ha oído?

—Sí, naturalmente. Neko Kirog es uno de los historiadores de Kristanar, un asiduo de palacio. Un fiel amigo… ¿no?

—No —negó Lili, dejando de mover la cabeza—. Tengo motivos para pensar que Neko Kirog forma parte del grupo traidor: está en relaciones con un agente secreto ruso que se hace llamar Roger Masters y que asegura ser británico. ¿Le parece imposible?

—Después de lo ocurrido —susurró Wali— nada me parece imposible.

—¿Qué hay en Kristanar? Me refiero a algo pue pueda haber despertado la codicia de Rusia, o de China.

—Nada en absoluto.

—Si no soy informada de la verdad, mi trabajo será en vano —advirtió Lili Connors.

—No hay nada en Kristanar por lo que un país como Rusia, China o cualquier otro, pueda sentir codicia. Ni siquiera interés.

—Entonces, tenemos que en Kristanar sólo hay… Kristanar.

—Sí —parpadeó el monarca—. Sí, así es… Pero no sé si la entiendo, señorita Montfort.

Baby movió la cabeza negativamente.

—Lily Connors —susurró—. A Kristanar ha venido la señorita Connors, nada más.

—Entiendo. Pero no entiendo lo otro. ¿Qué ha querido decir?

—En Kristanar no hay nada. Sólo Kristanar. Pero los rusos, al parecer, al mando de Cirilo Pafnutich, quieren Kristanar, y para ello han colocado en el trono a Karlik Bonta.

—Pero… ¿para qué quieren Kristanar?

Brigitte Montfort, alias Baby, alias Lili Connors, abrió la boca, pero se quedó así, sin dar la respuesta. Por fin, volvió a mover negativamente la cabeza, mientras decía:

—Espero tener pronto la oportunidad de preguntárselo a Cirilo Pafnutich: será el mejor modo de estar segura. Hablemos de otra cosa: ¿hay algún medio de entrar en Palacio sin que nadie pueda impedírmelo?

—No… No.

Lili Connors entornó los ojos, y sonrió.

—¿Sabe usted que su cabeza ha sido puesta a precio? Se le acusa de traición, *y si* alguien le viese podría cortarle la cabeza con la seguridad de recibir un premio a cambio.

—Nunca he traicionado a nadie.

—Karlik Bonta, dirigido naturalmente por mi colega Pafnutich, está buscando pruebas contra usted en ese sentido.

—Jamás encontrarán unas pruebas tales —aseguró Wali.

—Bueno… Yo no lo juraría.

—Yo sí —insistió el monarca.

—Mejor que no lo haga —sonrió de nuevo la espía—. No es tan difícil encontrar pruebas de ésas. Y puesto que las están buscando, las encontrarán.

—Insisto en que…

—Usted no entiende, Guía y Señor —le interrumpió la espía—. Lo que no existe hoy, puede existir mañana. ¿De qué modo? Pues simplemente construyéndolo, creándolo, haciéndolo.

—¿Quiere decir que crearán pruebas falsas contra mí?

—Sí. Cualquier servicio de espionaje tiene expertos en esto.

—¿Qué podemos hacer? —susurró Nirkan Wali.

—De momento —sonrió una vez más la divina espía— creo que podría explicarme de qué fantástica manera pudo usted escapar del palacio, estando herido y contando sólo con la ayuda de unos pocos amigos fieles, teniendo en cuenta que había sido invadido por Dragones; Tigres y Sierpes, a los que, según entiendo, acompañaban

hombres blancos armados con armas de fuego. Sí, espero con ansiedad la fantástica explicación… ¿Le ayudó su padre, el Cielo? ¿Envió una Cuna de nieve cabalgando sobre estrellas, para rescatarlo y ponerlo a salvo?

Nirkan Wali sonrió con su gran boca delgadísima.

—Existe un pasadizo —admitió.

—¡Ah!

Nirkan Wali alzó la mirada, y Lili supo que Dakyn regresaba. No solo, sino acompañado de dos jóvenes monjes, que sirvieron el frugal desayuno en silencio, procurando no mirar a la mujer de los cabellos como rayos de sol, mientras Dakyn los observaba críticamente.

El desayuno, en el que participaron solamente Lili y Wali, transcurrió en completo silencio. Por los huecos de las ventanas llegaba el canto de los pájaros. El sol iba subiendo, tomando un tono más pálido.

El servicio del desayuno fue retirado, y Lili se quedó de nuevo con las ganas de encender un cigarrillo.

—¿Puedo considerar que ha llegado el momento de hablar, en serio, sobre el modo de resolver la situación? —preguntó.

—Sí.

—Bien. En ese caso…

Capítulo V

Roger Masters se puso en pie de un salto al verla aparecer en el vestíbulo del hotel, y se acercó presurosamente, con los ojos muy abiertos.

—¡Señorita Connors, estaba preocupado por usted!

Lili se detuvo para esperarlo, mirándole amablemente, pero con cierta sorpresa.

—¿Preocupado por mí, señor Masters? ¿Por qué?

—Bueno… He estado llamándola todo el día…

—¿Y no le han dicho en conserjería, que estaba en la casa de un amigo al que conocí en el vuelo Calcuta-Tanar?

—Sí, pero… Bueno, no sé. Me parece que he sido un poco infantil, ¿verdad?

—En todo caso, ha sido muy amable, Roger —sonrió cálidamente la espía—. No ha debido preocuparse por mí.

—Supongo que no —sonrió también Masters—. Bien, el caso es que la he llamado para decirle que mi amigo Neko Kirog la recibirá encantado.

—Muchas gracias. Pero supongo que no será ahora. Son las ocho de la noche, y no me parece momento adecuado para visitas. Además, estoy algo cansada.

—Claro… Sí, lo comprendo. ¿Le parece bien mañana?

—Me parece estupendo. ¿Ha ocurrido algo interesante en Tanar?

—No, en absoluto… ¿Quiere decir que usted no ha permanecido en la ciudad?

—No.

—¿Dónde ha estado? ¿Ha visto algún lugar interesante?

—Así es. Roger, ¿podrá perdonarme? Estoy tan cansada que sólo deseo comer algo de fruta y retirarme a mi habitación. ¿Le parece bien que nos veamos por la mañana, a las diez, por ejemplo?

—Pasaré a recogerla a esa hora —sonrió el británico—. Que

descanse, Lili.

Lili Connors fue directamente al comedor, donde cenó una sopa y fruta. Media hora más tarde, entraba en su habitación, y tras cerrar la puerta, procedió a examinarla de nuevo, en busca de micrófonos. No había ninguno. Lo cual, ciertamente, no la disuadió de que Roger Masters era un agente soviético.

Pero, tranquilizada respecto a la eventualidad de estar vigilada acústicamente, se dedicó a montar la radio de triple alcance, es decir, ciento cincuenta millas. Para conseguirlo ensambló a una pequeña radio normal parte de los componentes de lo que, a simple vista, era un aparato receptor de radio a transistores. Y una vez terminado el montaje, efectuó la llamada.

—York 1 a York 2 —llamó.

La voz masculina sonó con toda claridad en el aparato:

—York 2 recibiendo. Distancia: sesenta millas.

—Bien… ¿Contactos realizados?

—Todos.

—¿Qué sabemos del material solicitado?

—Llegará esta misma noche. Informa el servicio de meteorología que no pueden tardar en llegar las lluvias.

—Bien. Además de Cirilo Pafnutich, hay otro ruso en Tanar, por lo menos. Dice ser británico y llamarse Roger Masters; evidentemente, está complicado en el asunto. Tiene buenas relaciones con el historiador kristanés Neko Kirog, al que voy a visitar mañana a las diez. Respecto a N. W., está en el Templo de las Nieves, herido, pero a salvo y en buenas condiciones físicas generales. Es todo por hoy.

—Bueno, respecto a las lluvias…

—¿Sí? ¿Qué pasa con ellas?

—Es que… olvidé traer el paraguas.

—¡Adiós, York! —rió Lili.

Cortó la comunicación, desmontó el conjunto de radio con extensión, lo guardó todo ordenadamente y encendió un cigarrillo. Se sentó en el borde de la cama, estuvo unos segundos pensativa, y luego sacó la radio del maletín, dejándola sobre la mesita de noche. Al terminar el cigarrillo se acostó, pero permaneció con los ojos abiertos, fijos en el techo…

Veinte minutos más tarde, la radio emitía su suave zumbido.

—¿Sí? —Atendió Lili la llamada.

—Soy yo: Dakyn…

—¡Hola! —Sonrió la espía—. ¿Cómo ha ido eso?

—Sí… Lo he conseguido. Sé dónde está el británico. Le vi salir del hotel, le seguí, y sé adónde ha ido.

—Fabuloso —contuvo la risa Lili—. Supongo que él no se ha dado cuenta de que usted le seguía, Dakyn.

—No. No lo creo, no.

—Bien. ¿Ha ido a un lugar llamado Cielo con Lluvia de Oro?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

—Soy una jovencita muy lista. Bueno, Dakyn, ya sabe lo que tiene que hacer esta noche. ¡Adiós!

—¡Adiós…!

Lili cerró la radio, la volvió a dejar sobre la mesita de noche, y diez segundos más tarde, estaba profundamente dormida.

La casa de Neko Kirog era toda ella de piedra, muy grande, y estaba rodeada de bellos jardines. Situada en el principio de una de las amplias avenidas de Tanar, casi en la periferia de la zona elegante, distaba muy poco del Palacio del Trono, que se divisaba sobre un alto promontorio rocoso, hacia el norte, como un bello dibujo al sol de la mañana.

Un sol amarillo pálido, como diluido. El cielo se veía azul, pero de un tono agrisado ligeramente. El calor, a las diez de la mañana, era ya intenso y húmedo, pegajoso. Todo estaba inmóvil, como si los árboles, las flores, todo, fuese de piedra.

Tras apearse del coche de Lili en el jardín de la casa de Neko Kirog, Roger Masters miró hacia el cielo, y movió la cabeza con gesto preocupado.

—No tardará mucho en empezar a llover —musitó—. Quizá antes de la noche. En todo caso, las lluvias llegarán antes de mañana.

—¿Y eso traerá problemas? —preguntó Lili.

—Más de lo que se imagina. En primer lugar, la vida quedará paralizada en Kristanar. Y las comunicaciones… Si llueve como es habitual, y no tengo la menor duda de que será así, las carreteras quedarán inundadas, los caminos convertidos en pantanos, y no creo que ninguna compañía aérea arriesgue sus aparatos, y mucho menos sus pasajeros, en vuelos a Kristanar.

—Eso quiere decir que tampoco saldrán vuelos de Kristanar.

—Desde luego que no. Las primeras lluvias son esporádicas, y en ocasiones cesan el tiempo suficiente para que algunos aviones puedan despegar, pero… no me arriesgaría yo. Se puede despegar con sol, y apenas recorridas cien millas encontrarse en el centro de una tormenta que ningún avión podría soportar. Bien, Neko nos estará esperando, supongo.

Señaló hacia la puerta de la casa, y Lili, tras una última mirada al cielo, comenzó a caminar hacia allí. La puerta fue abierta por un criado antes de que llegasen, y el kristanés se quedó en el umbral, inmóvil, observándolos. Cuando llegaron ante él, Roger Masters le habló en su idioma, brevemente, y el hombre asintió y se apartó, señalando hacia el interior de la casa.

Poco después, entraban en el despacho de Neko Kirog, que era en realidad una enorme biblioteca. Un eran ventanal al fondo, frente a la puerta, permitía la iluminación solar en toda la gran estancia.

Neko Kirog estaba sentado ante su mesa, atestada de montones de libros abiertos, hasta el punto de que, de momento, Lili sólo le vio la cabeza. Y sólo con verle la cabeza, la espía comprendió que, en efecto, Neko Kirog era un hombre muy peculiar.

Era una cabeza enorme.

Tan grande, que cuando el menudo kristanés se puso en pie y caminó hacia ellos, Lili tuvo la impresión de estar viendo una gran calabaza desplazándose sobre un delgado bastón. Grande y achatada, rugosa, completamente afeitada, provista de grandes orejas y protuberancias óseas, era, sin duda alguna, la cabeza más notable queda espía internacional había visto en su vida…

En contraste con la enormidad de la cabeza, la boca, la nariz y los oídos eran diminutos. Diminutos, negros; inmóviles como si fuesen dos piedrecitas incrustadas en la gran calabaza.

—¡Ah, señorita Connors! —Exclamó con voz aguda, pero en perfecto inglés el fenómeno—. ¡No sabe cuánto le agradezco su visita!

—Soy yo quien debe estarle agradecida por recibirme, señor Kirog —musitó Lili, adelantando su mano hacia la que le tendía el cabezudo.

Y al tocarla, al sentir apresada su mano entre aquellos dedos

fríos, huesudos y pegajosos, tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse.

—¡De ninguna manera! —Protestó Kirog—. Me gusta hablar en inglés, y más aún si puedo hacerlo sobre el tema más interesante del mundo: la Historia. Me dice el buen Roger que es usted una experta en Historia.

—Me parece —sonrió Lili— que Roger ha exagerado mucho, señor Kirog: soy periodista solamente. Claro que, debido a la característica de mis artículos, me voy convirtiendo en una modesta experta, pero me temo que comparada con usted…

—¡Bah, bah, bah! —sonrió, amablemente, el fenómeno—. No hay que llevar nuestra modestia demasiado lejos, señorita Connors. Estoy seguro de que ambos obtendremos frutos de nuestra conversación. Seguramente, si tengo en cuenta sus palabras, no podrá usted aportar nada nuevo a mis conocimientos históricos antiguos, pero… ¿qué me dice de los modernos? Entiendo que usted viaja mucho, así que va viendo el mundo tal como es hoy. Y los que sabemos ver el mundo tal como realmente es hoy, somos los que tenemos que escribir la historia de mañana… ¿No está de acuerdo?

—Por completo —tuvo que asentir Lili.

—¡Magnífico! ¿Tomará café?

—Sí, gracias.

Neko Kirog miró hacia la puerta, donde esperaba el criado, y le dio unas breves órdenes en su idioma. El criado desapareció, y el cabezudo señaló hacia la más cercana estantería de libros.

—Tengo libros en más de veinte idiomas —informó—, y sin embargo sigo considerando al ser humano como la mejor fuente directa para adquirir conocimientos. Por ejemplo, hablemos de la Gran Muralla China… ¿La ha visitado usted quizá?

—En cierta ocasión —murmuró Lili.

—Me alegra que haya visto esa muralla. Dígame: ¿qué le sugirió a usted?

—¿La Gran Muralla china? Bien, no sé… Un sistema defensivo, claro. Entiendo que los chinos la construyeron para contener las sucesivas invasiones procedentes del norte…

—Ah… ¡Ah, ah, ah! Pero ¿qué invasiones, realmente?

—Pues… Creo que eran los mongoles, ¿no?

—Parece ser que sí. Pero ¿no le habría gustado a usted hablar

con los miles de esclavos chinos que construyeron la Gran Muralla? Se les podrían hacer miles de preguntas: cómo eran sus enemigos, en realidad, cómo atacaban; qué sentían ellos al construir la muralla, qué comían, cómo dormían, amaban o morían, qué pensaban de la vida y la muerte… ¡Eso sería auténtica historia! ¿No está usted de acuerdo?

—La verdad es que sí —sonrió la espía—. Pero en mi caso, señor Kirog, no estoy construyendo ninguna Gran Muralla.

Neko Kirog se echó a reír, y sus pequeñísimos ojos desaparecieron bajo un montón de pliegues que parecían de barro. Tenía una risa aguda como la de un niño, simpática, contagiosa.

—¡Formidable respuesta! —Exclamó, y miró a Masters—. Roger, le estoy agradecidísimo por haberme proporcionado el placer de conocer a la señorita Connors.

—Para mí también ha sido un placer conocerla —le sonrió el británico.

—Son ustedes muy amables —dijo Lili.

—No demasiado —rechazó Kirog—, puesto que no le he pedido que se siente. Por favor, hágalo… ¿Piensa estar muchos días en Kristanar?

Lili se sentó en una especie de diván forrado con piel de oso, y Neko Kirog lo hizo a su lado, mientras Masters ocupaba un amplio taburete asimismo forrado de piel.

—Pensaba permanecer en el país una semana como máximo —contestó la bella rubia—, pero según Roger, si espero a que lleguen las lluvias mi estancia tendrá que prolongarse indefinidamente.

—¡Ah, sí!… Las lluvias de Kristanar. Las tenemos ya aquí, es cierto. En cualquier momento, el cielo puede tornarse negro, y al instante llegará el diluvio. He conocido algunos extranjeros que han sufrido crisis nerviosas bajo nuestras lluvias. Y no he podido nunca comprender por qué… Las lluvias llegan del cielo, así que en modo alguno pueden ser consideradas… perjudiciales o nocivas.

—También el rayo llega del cielo y es perjudicial.

—¿Perjudicial? ¿Por qué?

—En ocasiones, tengo entendido, mata a seres humanos.

—Oh, sí, claro. Pero la pregunta es: ¿no podemos considerar esas muertes como convenientes para todo el equilibrio humano? ¡Ah!, ya tenemos aquí el café.

El café es casi un lujo en Kristanar, ¿lo sabía usted? En realidad, casi todo es un lujo aquí…

—¿Incluso vivir?

Neko Kirog se quedó mirando fijamente a Lili, como desconcertado. Por fin, asintió con su gran cabezota.

—A veces pienso que, en efecto, es un lujo estar vivo. Y como todo lujo, hay que pagarlo. En ocasiones, muy caro… Permítame que le sirva personalmente.

Lili Connors miró a Roger Masters mientras Kirog servía el café. El británico encogió los hombros y le guiñó un ojo, provocando una sonrisa en Lili. Una falsa sonrisa, porque estaba pensando con gran seriedad que Neko Kirog era en verdad un muy curioso personaje.

—Señorita Connors…

Miró de nuevo a Kirog, y tomó la taza que éste le tendía, sobre un precioso platito de auténtica porcelana. Kirog se dio cuenta del interés de su visitante, y sonrió.

—Naturalmente, es porcelana china. De la dinastía Huang. ¿Conoce la dinastía Huang?

—Me temo que no.

—Es lógico, puesto que no existe tal dinastía —rió Neko Kirog —. Sin embargo, usted la ha admitido, ¿no es así? Lo cual significa que tal dinastía podría haber existido. Y… ¿quién nos asegura que no fue así? ¿Quién fabricó este juego de porcelana, cuándo y cómo, y por qué?

—Son muchas preguntas para una taza —sonrió Lili.

El kristanés volvió a reír.

—¡Es usted ingeniosa y simpática! Pero estoy seguro de que va comprendiendo ya cuál es mi profundo interés por la Historia. La Historia nos lo enseña todo, nos lo dice todo…, aunque empiece con la fabricación de una simple taza de café… ¿O quizá no fueron fabricadas estas delicadas tazas para beber café, ni té?… En ese caso, ¿qué se bebía entonces, hace… quinientos, mil o dos mil años? ¿No había café? ¿Ni té?

—Tengo entendido que no; al menos, no se consumía.

—Entonces… ¿para qué fabricar estas tazas? No para beber agua, ¿verdad? ¿Qué bebían, entonces?… Fuese lo que fuese, sin duda nos revelaría el nivel de sus conocimientos, de su cultura y de sus gustos o costumbres. Y cuando un hombre tiene costumbres

diferentes a otro hombre, es que es diferente a ese otro hombre, ¿no cree?

—Se puede admitir —murmuró Lili.

—¿Sabe cuál es la clave del poder, señorita Connors?

—¿Del poder? No… O quizá no entiendo la pregunta. ¿A qué poder se refiere usted?

—Al Poder. Sólo hay uno… Y en mi opinión, la clave del Poder es el Conocimiento. Si lo conocemos todo, podemos controlarlo, dominarlo todo. Estudiemos la Historia de hace tres mil años, y sabremos la Historia que se escribirá dentro de otros tres mil años… La Historia se repite en determinados ciclos, más o menos periódicos. Sabemos, por ejemplo, que siempre han habido guerras. Pues bien, si sabemos cómo reaccionaron los hombres en las guerras pasadas, tenemos que saber cómo reaccionarán en las presentes y en las futuras. Eso es elemental, ¿no cree?

—No sé… Sí, quizá… Pero si usted mismo dice que los hombres son diferentes…

—Sólo en pequeñas cosas. Por ejemplo, usted: ¿en qué se diferencia de las demás mujeres?

Lili dejó la taza y se pasó las manos por la cara. Sentía un suave frío en las mejillas, y los párpados comenzaban a cerrarse en contra de su voluntad.

—No creo… ser diferente… a nadie…

—En mi opinión, sí es diferente. De momento, es la única mujer que he conocido que se ha atrevido a venir sola a Kristanar. ¿A qué ha venido, realmente?

—A escribir… escrib…

Ya no dijo nada más. Los ojos se le cerraron, su cuerpo se relajó súbitamente y cayó rodando al suelo, quedando boca arriba entre los pies de Neko Kirog y Roger Masters.

—Espero que la dosis no haya sido excesiva —comentó el británico.

—Claro que no. Dormirá entre cuatro y seis horas, pero eso será todo. Espero que no te hayas equivocado, Andrei.

—No creo.

—Bien, a ver qué conseguís de ella. Llévatela.

Capítulo VI

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el rostro de un hombre. Un rostro adusto, de boca muy grande; también las orejas eran muy grandes; los ojos eran oscuros, y también el cabello, muy corto, como un cepillo, tieso; al lado derecho de la nariz, destacaban en aquel rostro dos pequeñas cicatrices de color blanquecino…

Cirilo Pafnutich.

Lili Connors desvió la mirada y vio otro rostro, que identificó en el acto: Roger Masters.

Se sentó vivamente, mirando alrededor. Estaba sobre un gran lecho, en un aposento enorme, en cuya puerta había dos gigantescos kristaneses, de largos cabellos, rostro impávido, musculatura impresionante. Detrás de Roger Masters había cuatro kristaneses más, pero de estatura y peso insignificantes… salvo en la expresión maligna de sus ojos, fijos en ella. Lili Connors comprendió que se hallaba bajo la custodia directa de dos Tigres y cuatro Sierpes. Aparte de los rusos, naturalmente, que la contemplaban con diferente expresión. Amable la de Masters; curiosa y hosca la de Cirilo Pafnutich.

—Roger —musitó—, ¿qué… qué pasa? ¿Dónde estamos…?

—Está usted en el Palacio del Trono —contestó Pafnutich en lugar de Masters.

—Pero… ¿qué hago aquí? ¿Cómo he…?

—Vamos, Lili —la interrumpió amablemente Masters—, el juego ha terminado… Y ahora nosotros queremos saberlo todo.

—¿Saber… todo? ¿Sobre qué?

—Sobre usted —dijo Pafnutich—. Anteanoche, mi camarada Andrei cometió un acierto y un error, en poco tiempo. Un acierto al ayudarla a usted y al monje a escapar de la agresión de aquellos cuatro estúpidos Dragones, que pretendían matarlos en lugar de capturarlos vivos. Sí, Andrei estuvo acertado al matar a dos

Dragones, a pesar de que están de nuestro lado. Lo hizo para poder seguir a usted y al monje… y lo estuvo haciendo hasta que llegaron al lugar donde les esperaban con cabalgaduras. Ese fue el error de Andrei: no haber previsto eso. Y, naturalmente, no pudo soportar la marcha de los caballos, así que les perdió finalmente de vista. Como tenemos escasas esperanzas de poder seguirla a usted hasta el lugar adonde la llevó el monje, hemos decidido ir directos al asuntó por medio de esta… entrevista. ¿Vio usted a Nirkan Wali? ¿Dónde está?

—No sé de qué hablan…

—Señorita Connors, sabemos positivamente que usted es una espía americana. No sólo por su habilidad en burlar a los chinos que la seguían, sino porque hemos encontrado varias cosas en su interesante maletín —Pafnutich se inclinó, recogió el maletín del suelo y lo colocó en el lecho, junto a Lili, abierto, señalando lo que había encima de todo: tres pasaportes—. Tiene usted un pasaporte a nombre de Lili Connors, en efecto. Pero también tiene otro a nombre de Nora Tisdale, ciudadana británica, y otro a nombre de Galina Cherkova, ciudadana rusa… En este último usted es morena, no rubia como en los otros dos. Todo el material es de primera categoría. Nada de chapuzas… Todo es material del mejor. Además, está armada. Y por último, dispone de una radio de gran alcance, que todavía puede alcanzar más, con las piezas de su radio a transistores… Todo ello está aquí, y esperamos que no sea tan estúpida como para negar las evidencias. ¿De acuerdo?

—Incluso… —sonrió Roger Masters— nos atreveríamos a sugerir que puede ser usted la espía Baby.

—¿Quién? —se sorprendió Lili Connors.

Cirilo Pafnutich la miró torvamente.

—Ese aspecto de la cuestión podremos comentarlo más adelante. Ahora, insistiré en la pregunta cuya respuesta nos interesa mucho y con urgencia: ¿dónde está Nirkan Wali? Sabemos que en un templo, pero ¿en cuál?

—No lo sé.

—Señorita Connors, usted no se da cuenta de su situación. Hay muchas cosas que tendremos que resolver, pero como es lógico, nos dedicamos a la más interesante, por ahora. Insisto: ¿en qué templo está Nirkan Wali? El monje Dakyn la llevó allí, eso es lógico que lo comprendamos. Pero… ¿a qué templo?

—Al Templo del Agua que Canta —susurró Lili.

Los dos rusos se quedaron mirándola fijamente. Luego cambiaron una mirada entre sí, y Pafnutich, que había estado pensado en el borde del lecho, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Masters le siguió, y antes de salir tras él, murmuró algo a los dos Tigres de la puerta. Ésta, grande y sólida, se cerró con seco golpe, y los dos Tigres se colocaron delante, cruzando los brazos sobre el amplio pecho.

Lili dejó de mirarlos para contemplar a los cuatro Sierpes que permanecían inmóviles, mirándola a su vez, como hipnotizados. La espía desvió la mirada hacia el hueco de la ventana en el muro de piedra. Quiso ver dónde estaba, y movió las piernas para posar los pies en el suelo.

—Sssssss… —siseó uno de los Sierpes.

La espía le miró vivamente. Parpadeó, y volvió a mover las piernas…

—Sssssss… —sisearon los cuatro Sierpes a la vez.

Se quedó mirándoles, procurando no mostrarse impresionada por su actitud, por aquel siseo que parecía talmente el de una serpiente amenazante. Despacio, comenzó a mover de nuevo las piernas.

—¡Sssssss…! —Brotó de nuevo el siseo amenazante, al mismo tiempo que los Sierpes sacaban cuchillos y tiras de piel, acercándose más a ella.

La espía más peligrosa del mundo quedó inmóvil, entornando los ojos para ocultar el destello hostil hacia los cuatro menudos personajes, delgados y lisos como auténticas culebras; dos de ellos empuñaban cuchillos y los otros dos tiras de piel que parecían de serpiente, y con las cuales, seguramente, habrían estrangulado a más de un desdichado. Pero ella no era una desdichada, precisamente. Podía matar a dos de ellos antes de que se diesen cuenta de lo que se les venía encima. Pero… ¿y después? ¿Pelear con los otros dos, y con los dos Tigres, sin saber siquiera dónde estaba y si desde allí podía escapar?

Frunció el ceño, se tendió de nuevo en el lecho, y decidió esperar mejor ocasión.

Veinte minutos más tarde, la puerta se abrió, rudamente, y entraron media docena de fornidos Kristaneses que Lili clasificó

como Tigres, Conversaron un instante con los otros dos, hicieron una seña a los Sierpes. Uno de ellos se dirigió al lecho.

—Tú vienes —dijo.

Mientras caminaban ya por el pasillo, Lili miraba hacia las ventanas, contemplando la construcción de piedra que había enfrente, sin duda al otro lado de un patio interior del palacio.

Por todas partes había guardias, algunos de ellos con los largos cabellos que identificaban a los Tigres, aparte de su estatura y musculatura. Excepto ella, todos iban descalzos, asi que sólo se oía en los pasillos el resonar de sus tacones.

Finalmente, se detuvieron ante una gran puerta doble.

La doble puerta fue abierta, y Lili recibió un empujón tal qué estuvo a punto de dar con ella en tierra. Consiguió conservar el equilibrio sobre sus zapatitos de alto tacón, y se quedó mirando hacia el trono, junto al cual estaban Masters y Pafnutich.

—¡Acérquese! —dijo éste.

Lili obedeció. A medida que se iba acercando, concentraba su atención en el hombre que ocupaba el trono, desentendiéndose de los numerosos guardias que lo protegían. Se detuvo por fin a cuatro o cinco metros del entronizado kristanés.

Karlik Bonta.

Era enorme.

Yacía en el trono como desparramado, como incapaz de soportar el peso de sus carnes y sus grasas. Lili le calculó un peso no inferior a los ciento cincuenta kilos, que casi encajaban con su estatura cercana a los dos metros. Sencillamente enorme. Sus manos eran seis veces más grandes que las de Lili, y otro tanto sus descalzos pies, que descansaban en el suelo, como a punto de echar raíces.

Karlik Bonta era un hombre hermoso, pese a todo. Sus facciones eran bellas e inteligentes, sus ojos grandes, su cabeza perfectamente redonda y cuidadosamente afeitada… Había, en aquel momento, un destello de admiración y deseo en sus negrísimos ojos de corte mongólico.

Su voz brotó profunda y clara, en buen inglés:

—No hay en Kristanar ningún Templo del Agua que Canta, mujer —dijo.

Lili se pasó la lengua por los labios, y musitó:

—Ese… fue el nombre que me dijo el monje…

—No es verdad.

—Sí es verdad.

Un destello colérico pasó como un relámpago por los ojos de Bonta. Se quedó mirando, en silencio, a la frágil mujer que le había dicho a él que estaba equivocado. ¡A él, al Guía y Señor de Kristanar!

—Voy a ordenar —dijo de pronto— que te corten las manos y los pechos. Pero si me dices dónde está Nirkan Wali, sólo ordenaré que te corten la cabeza.

—¿Con qué derecho?

Karlik Bonta quedó estupefacto, un instante. Luego, su rostro se congestionó mientras gritaba:

—¡Con el derecho que me otorga el ser el Guía y Señor de Kristanar, dueño de todas las vidas y todas las almas!

—Tú no eres el Guía y Señor de Kristanar —replicó sosegadamente Lili Connors—. Sólo quieres serlo… Pero ¿cómo podrías serlo, si eres un destructor de la belleza?

—¿De la belleza? ¿De qué belleza?

—De la mía. Si me cortas las manos y los pechos, habrás destruido una gran belleza humana.

—¡Tú no eres bella para mí! —rugió el monarca usurpador.

—Entonces, debo decirte que eres ciego, Karlik Bonta.

En la hermosa cabeza de Bonta destacaban las venas, hinchadas por la furia. Señaló a Lili con uno de sus enormes dedos.

—¡Que le corten la cabeza ahora mismo! —gritó.

Los dos rusos respingaron, y Pafnutich se apresuró a inclinarse hacia Bonta, lívido, susurrando apresuradamente unas palabras en su oído, mientras Masters contemplaba con expresión desorbitada a Lili, y le gritaba:

—¿Está loca? ¡No desafíe así a Bonta, o la hará pedazos!

—¡Y eso es lo que ella quiere! —La señaló Pafnutich—. ¡Lo que ella quiere es que le corten la cabeza, para no decirnos dónde está Nirkan Wali! ¡Es una espía americana, Bonta, no lo olvides!

—¡Cortadle los pechos! —vociferó Bonta, en su idioma.

Un grupo de guardias Tigre y los cuatro Sierpes se abalanzaron hacia Lili Connors, que se volvió hacia ellos con gesto velocísimo, alzando las manos y colocándolas ante su rostro. Fue un gesto tan claró de lucha, un gesto tan claro de poder y seguridad en sí misma,

que los kristaneses se detuvieron, entre sobresaltados y estupefactos, y miraron a Bonta, que lanzó un rugido como clara orden de ataque.

El primer Tigre que saltó hacia Lili Connors recibió el zarpazo de una auténtica tigresa: un escalofriante *ura tsuki* en plena garganta, que le fulminó muerto instantáneamente. Acto seguido, Lili se volvió, alzando un pie, y el agudo tacón de su zapato se hundió en el ojo de un Sierpe, que lanzó un alarido y cayó de espaldas, aullando, con ambas manos en el sangrante agujero… Otro Sierpe cayo sobre la espalda de Lili, que se irguió tras inclinarse un poco, lanzándole por encima de su cabeza. Prácticamente al mismo tiempo derribaba a otro Tigre con un *ude-atemi* en las costillas, sobre el corazón, que quedó paralizado por el golpe… Su mano izquierda salió lanzada hacia otro Sierpe que cargaba contra ella, y las puntas de los dedos, como barras de acero, se hundieron en su garganta, atravesando la piel y la carne…

Pero todo tiene un límite lógico, y este límite se cumplió en pocos segundos: la espía fue vencida por el número y la potencia de sus enemigos, que cayeron sobre ella inconteniblemente. Cuando vino a darse cuenta, estaba fuertemente sujeta de brazos y piernas, y colocada delante de Karlik Bonta. Éste miró a los hombres caídos por el suelo, dos de ellos muertos, y uno de los Sierpes agonizante, desangrándose por el boquete del cuello. Luego miró a Lili, y sus ojos casi desaparecieron tras los párpados.

Adelantó una mano, y de un tirón arrancó la ropa que cubría el pecho de la espía, dejando al descubierto los senos.

—¡Cortádselos! —los señaló.

—Ni siquiera… ni siquiera eres hombre… —jadeó Lili—. ¿Cómo, pues, habrías de ser… un dios, el Guía… y Señor… de nadie?

Karlik Bonta volvió a señalar furiosamente los senos de Lili, y uno de los Tigres se colocó junto a ella, alzando la espalda, que relució ante los desorbitados ojos de la espía…

—¡No! —gritó de pronto—. ¡No!… ¡Lo diré! ¡Diré dónde está Nirkan Wali, lo diré…!

Bonta hizo un ademán hacia el Tigre, deteniendo el golpe que éste se disponía a descargar.

—¿Dónde está? ¿En qué templo?

—No me hagáis esto —gimió Lili—. ¡No me cortéis los pechos, no lo hagáis!… ¡Roger, diles que no lo hagan!…

—¿A quién estás pidiendo clemencia, mujer? —Grito Bonta—. ¡Solamente yo puedo otorgártela!

—¡Tu clemencia, Guía y Señor! —Sollozó Lili Connors—. ¡Dame tu licencia, y te lo diré todo, y seré tu esclava, corvirtiéndote en el más feliz de los hombres, en el más feliz de los dioses!

—¿Tú puedes hacerme feliz a mí? —rió el enorme Bonta.

—Sí… ¡Sí, puedo hacerlo, puedo…! ¡Llévame a tu cámara, y te lo demostraré!

Realmente, Karlik Bonta estaba perplejo y divertido. Iba a decir algo, pero Cirilo Pafnutich, que contemplaba a la espía con el ceño fruncido, se inclinó hacia él, y le susurró unas palabras al oído… Con lo que consiguió que Karlik Bonta pareciese aún más divertido, y soltase una estruendosa carcajada.

—Mujer, me dice mi amigo que eres una espía peligrosa conocida en el mundo entero, y que eres falsa y dañina, por lo que no debo fiarme de ti, ni de tus lágrimas. ¿Es eso cierto? También dice mi amigo que puedes matarme sólo con tus manos, como has hecho con mis guardias. ¿Es cierto? ¿Todo es cierto? ¿Podrías matarme con tus pequeñas manos… *a mí*?

Mientras hablaba, Bonta se había puesto en pie, y toda su gigantesca envergadura destacó poderosamente. Sí, medía no menos de dos metros.

—Sí —susurró Lili—. Podría matarte *a ti* sólo con mis manos, Guía y Señor; pero no lo haré, no lo intentaré siquiera. Dame la oportunidad de demostrarte la dicha que puede proporcionarte una mujer como yo.

Pafnutich tocó en un brazo al coloso, y éste se inclinó, para escuchar de nuevo sus susurros. Movió negativamente la cabeza, mientras Pafnutich insistió, pero Bonta siguió negando.

—Mi amigo insiste en que debo matarte, mujer… —dijo—, pero no voy a hacerlo todavía. Dime dónde está Nirkan Wali y mis guardias te llevarán a mi cámara, donde me esperarás… para demostrarme una cosa u otra.

—Gracias… Gracias, Guía y Señor… ¡Gracias! No querré matarte, no, sólo demostrarte…

—¿Dónde está Nirkan Wali?

Lili suspiró profundamente, antes de decir.

—En el Templo de las Nieves.

—Ése sí existe. Tú y yo nos veremos mañana, mujer.

Dio una orden, y los hombres que sujetaban a Lili la llevaron hacia la salida de la Sala del Trono, sin que la espía opusiese ya resistencia. Mientras la llevaban en volandas, Lili volvió la cabeza y todavía vio a Karlik Bonta negando ante la insistencia de Cirilo Pafnutich…

Un minuto más tarde era arrojada al interior de la cámara del Guía y Señor de Kristanar. Tras rodar por el suelo, quedó sentada en éste, mirando hacia la gran puerta que se cerró. Giró la mirada en torno, mientras lanzaba un suspiro de alivio. Quizá había llevado las cosas demasiado lejos, pensó. De todos modos, era más peligroso Cirilo Pafnutich que Karlik Bonta. La mentalidad de éste era de una simplicidad increíble, pero la del ruso podía captar perfectamente las intenciones de una espía de la categoría que le suponía a la prisionera. Seguramente Pafnutich estaba todavía insistiendo cerca de Bonta para que la matasen, o permitiese enviarla a Rusia antes de que llegasen las lluvias…

Se estremeció al pensar en lo que habría sucedido si no hubiese conseguido intrigar a Bonta; en aquellos momentos seguramente estaría agonizante, con los senos cortados… Sí, en ocasiones llevaba las cosas demasiado lejos. Y la suerte, aquella fabulosa suerte suya, podía terminar cualquier día.

Se puso en pie y se acercó a una de las ventanas, simples aberturas en el grueso muro de piedra. Pudo mirar hacia abajo, y ver los jardines privados del Guía y Señor de Kristanar. La altura era superior a los diez metros…

Oyó abrirse la puerta y se volvió, abriendo mucho los ojos, simulando de nuevo aquel miedo que resultaba lógico en una mujer.

Pero quien la visitaba no era Karlik Bonta.

Capítulo VII

Cirilo Pafnutich cerró la puerta tras él y se quedó mirándola fijamente, apoyándose en la madera. Durante unos segundos estuvieron mirándose en silencio. Por fin, el ruso murmuró:

—Como habrá podido comprobar, Karlik Bonta no es precisamente la… divinidad que se podría esperar en quien aspira a ser el Guía y Señor de Kristanar. Supongo que eso era lo que usted estaba tratando de averiguar.

—No comprendo.

—Me comprende perfectamente. Tengo la convicción de que usted había previsto ser traída a palacio… lo cual era su deseo, a fin de conocer a Bonta y obtener conclusiones. Como es lógico, se dio cuenta en seguida de que Andrei era ruso, no británico, y el resto fue fácil de comprender para una espía de su nivel, Baby. Así, pues, siguió el juego de Andrei: se dejó llevar a la casa de Neko Kirog, tomó el café y, en efecto, contenía un narcótico lo bastante poderoso para haber contrarrestado incluso el antídoto previo que Andrei temía que usted hubiese ingerido. Antídoto que, al parecer, no se molestó en tomar. ¿Para qué, si lo que deseaba realmente era ser traída aquí, introducida en el centro del plan soviético?

—¿Puede darme un cigarrillo? —sonrió Lili.

Cirilo Pafnutich frunció el ceño. Pero de pronto sonrió, resultando casi simpático. Sacó su paquete de cigarrillos, fue hacia el enorme lecho y se sentó en el borde. Encendió dos cigarrillos y tiró uno hacia la espía, diciendo:

—No se acerque a mí, se lo advierto, Baby.

Ésta recogió del suelo el cigarrillo encendido, y se dedicó a fumar, plácidamente, observando con nueva atención al ruso.

—¿A qué ha venido usted aquí, señor Pafnutich? —murmuró.

—Simplemente, a vigilarla. No quiero perderla de vista ni un segundo. ¿Y sabe por qué?

—Sí. Está convencido de que, como siempre, debo tener un triunfo escondido, que puedo utilizar en cualquier momento.

—En efecto. Su modo de manejar a Bonta ha sido magistral. Muy arriesgado, desde luego, pero magistral, ya que si no hubiese despertado su interés ahora estaría muerta. En cambio está aquí, en la cámara del Guía y Señor de Kristanar…, lo cual era precisamente lo que usted quería tras su… incursión en el centro del plan soviético. Dígame, Baby: ¿qué hay en esta cámara?

Lili Connors permaneció sonriente, como indiferente, pero notando una oleada de frío en su interior, comprendiendo que Cirilo Pafnutich no era tan fácil de manejar como Karlik Bonta.

—¿En esta cámara? —alzó las cejas sorprendidísima—. No veo nada especial, francamente. ¿De qué está hablando? ¿Qué quiere decir, Pafnutich?

El ruso se dedicó a mirar alrededor especulativamente, con el cigarrillo colgando de los labios, entornados los ojos… Su mirada fue desplazándose lentamente por las paredes, de modo especial.

—Hay algo —murmuró— que todavía no he conseguido comprender: ¿cómo pudo escapar Nirkan Wali de palacio, estando herido, y ocupado el palacio por todos los hombres de Bonta y algunos compañeros míos del Grupo Especial? ¿Lo sabe usted?

—¿Cómo quiere que sepa eso? Ni siquiera se me ocurrió preguntárselo a Nirkan Wali. Escapó, y eso es todo. Hay muchas maneras de escapar.

—No de este palacio, en el que no es fácil entrar, ni salir. Es una fortaleza. Jamás nadie podría salir de él sin la voluntad de quien controla el palacio. Pero Nirkan Wali lo consiguió.

—Quizá él sí sea un dios-hombre —sonrió la divina.

—Quizá. ¿Realmente está en el Templo de las Nieves?

—Sí.

—¿Vivo?

—Desde luego. Está reponiéndose rápidamente de las dos heridas que recibió… ¿Van a ir a por él?

—Bonta ha salido ya hacia allí, al frente de sus hombres. Llegarán al Templo de las Nieves antes del amanecer.

—Y lo arrasarán todo —susurró Lili.

—Son capaces de eso y de más; pero, básicamente, lo que Bonta desea es regresar con la cabeza de Wali. Entonces, todo habrá

terminado… y todo podrá comenzar.

—¿Quiere decir que podrán comenzar los planes de Rusia?

—Sí.

—¿Qué planes?

Cirilo Pafnutich pareció no haber oído… Pero de pronto, se echó a reír.

—¡Vamos!… —exclamó—. ¿Espera que se lo diga? He tenido que trabajar mucho para ponerlo todo en marcha, el plan ha costado muchas vidas humanas, y todavía morirán más personas… Todo está calculado y medido, y tendría la seguridad de que va a salir bien si no estuviese usted aquí. No es que me preocupe la posibilidad de que Kristanar esté atestado de agentes de la CIA, no… Eso me tiene sin cuidado, porque no podrán hacer nada. Lo único que me preocupa, y muy seriamente, es su presencia, Baby. No vamos a engañarnos, ¿verdad? Si usted ha sobrevivido y además triunfante durante todos estos años, es porque sabe ganar. Nada de casualidades: usted sabe hacer las cosas. Y eso me tiene muy, muy preocupado. Por eso es por lo que no voy a moverme de su lado hasta que todo haya terminado. Y entonces esperaré a que Bonta se divierta a su manera, y cuando ya se haya cansado de usted, la mataré.

—¡Cómo! ¿No querrá enviarme a Moscú, Cirilo?

—No. Mi vida es valiosa para mí, así que no la arriesgaré aunque, aparentemente, tenga todas las probabilidades de ganar… Cuando Bonta haya terminado con usted, la mataré, eso es todo.

—Bien… Mientras tanto, ¿tiene inconveniente en que me tienda a descansar un rato?

Pafnutich se apartó de la cama. Lili fue allá, se tendió y cerró los ojos… casi completamente. A pocos pasos de ella, por entre los párpados entornados, vio a Cirilo Pafnutich, de pie, contemplándola fijamente.

Todavía había sol. Pero la noche no tardaría mucho. Y mientras tanto, un viento húmedo y caliente penetraba por las ventanas siempre expeditas en el gran muro de la cámara del Guía y Señor de Kristanar.

El espía soviético Cirilo Pafnutich se sentó en un sillón de madera y se quedó contemplando a la espía americana, que, aparentemente se había dormido.

Lili Connors abrió los ojos, volvió la cabeza, y vio a Cirilo Pafnutich, con la mirada fija en ella. Sonrió, se sentó en el borde de la cama y miró hacia una ventana. Ya era de noche.

—Me he dormido…

—¡Tonterías! —Dijo Pafnutich—. Ha estado pensando, no durmiendo.

—Es usted terriblemente desconfiado… —sonrió de nuevo Lili —. Pero resulta bastante amable. ¿Podría darme otro cigarrillo? Oh, estos zapatos ya me están fastidiando…

Se inclinó y se quitó el derecho, dejándolo junto al lecho. Pafnutich estaba sacando el paquete de cigarrillos, con la mirada fija ahora en los descubiertos senos de la espía más bella… y peligrosa del mundo. Del mundo… Cirilo Pafnutich jamás debió olvidar esto. Ni siquiera por un segundo. Tampoco debió ser amable, y dedicarse a encender el cigarrillo para su colega americana…

Y esto, porque mientras él encendía el cigarrillo, Lili Connors se quitó el zapato izquierdo y, de pronto, velozmente, tiró del tacón, arrancándolo y echando la mano hacia atrás, mientras de la base del tacón sobresalía el agudo estilete, empujado por el resorte.

Cirilo Pafnutich respingó, escupiendo el cigarrillo, tosiendo, y se puso en pie, dejando caer el encendedor y llevando la mano derecha hacia el sobaco izquierdo.

¡Fsssssss…!

El tacón del zapato llegó a su garganta, empujando el agudo estilete y sirviendo de estabilizador, como si fuese un dardo del juego de la diana. Se clavó en la carne del ruso con blando sonido, sin excesiva fuerza; pero Pafnutich, en su intento de esquivarlo, había retrocedido; tropezó con sus propios pies, cayó de espaldas y terminó de sacar la pistola… mientras Baby llegaba tras el tacón y caía a horcajadas sobre su pecho, apresurándose a sujetarle la muñeca izquierda fuertemente, frenéticamente, fijos en los del ruso sus desorbitados ojos.

Pafnutich apenas luchó un par de segundos. De su boca brotó un extraño sonido y, en seguida, una bocanada de sangre. Se crispó, sus ojos se desorbitaron, y se relajó bruscamente. Lili Connors permaneció sobre él, pálida, contemplando sobrecogida aquella expresión de angustia, de dolor, de muerte.

—Lo siento —susurró por fin, relajándose también—, pero era tu vida o la mía, colega.

Se hizo con la pistola y se puso en pie. Ya era de noche, así que podía escapar.

Localizó la puerta secreta que Nirkan Wali le había indicado y la abrió, empujando aquella parte del muro hacia adentro…

La oscuridad apareció ante ella.

Regresó junto a Pafnutich, cogió el encendedor del ruso y volvió ante la salida secreta de la cámara del Guía y Señor de Kristanar. Salió, y empujó la puerta de bloques de piedra, hasta cerrarla completamente.

Oscuridad absoluta.

Encendió el encendedor de Pafnutich, vio el tramo de escalones que descendían, y se deslizó por ellos, descalza, tras apagar el encendedor. No podía malgastar la iluminación que éste le tenía que proporcionar hasta llegar a la salida…

Dakyn oyó el ligero ruido, y volvió la cabeza hacia el grupo de matorrales junto al cual llevaba sentado más de dos horas, esperando, cruzadas las piernas, contemplando de cuando en cuando el cielo, en el que, aquella noche, no se veía ni una sola estrella. El aire era caliente.

Se puso en pie cuando vio aparecer la figura de la mujer. Las lejanas luces de Tanar, pobres, amarillentas, proporcionaban una leve iluminación. La suficiente para identificar a Lili Connors y ver sus pechos desnudos por entre la desgarrada ropa. En silencio Dakyn tendió la túnica a Lili, que se la puso, mientras preguntaba:

—¿Todo está bien?

—Sí. Les vi salir… ¿Van hacia el Templo?

—Desde luego.

—Peor para ellos. Nirkan Wali está esperando que le avisemos, para regresar con los fieles que se han unido a él y a mis compañeros del Templo cerca de Palacio. ¿Voy a avisarle?

—No, Todavía no.

—Pero… el palacio está desguarnecido, es el momento de que Wali entre en él, se reinstale, y sus fieles ocupen posiciones para defenderlo mejor esta vez…

—Todavía no, Dakyn. He matado a un ruso que era demasiado inteligente, y quiero asegurarme de que no vamos a fallar. Antes de

que Wali regrese a su palacio quiero ver al otro ruso. Tiene que estar en el Cielo con Lluvia de Oro… espero.

—¿Debo llevarla allí?

—¿Por qué cree que le he hecho esperarme a la salida del pasadizo secreto? Vamos allá. ¿Cuánto tardaremos?

—Cuarenta minutos —dijo el monje—. Pero quizá el ruso rió esté allí, sino en su domicilio, adonde también le seguí anoche, más tarde.

—Estará en un sitio u otro, por supuesto, pero quiero ir primero al Cielo con Lluvia de Oro.

Capítulo VIII

Roger Masters, es decir, Andrei Lianov, dejó cuidadosamente la taza, tras haber bebido un sorbo de *skit*, y se quedó con la mirada fija, absorto… Tendida delante de él sobre una gran alfombra de pieles de cabra, Tuana, completamente desnuda, le contemplaba con suma atención.

—¿Estás preocupado? —preguntó en kristanés, con dulce voz.

Andrei la miró. Tuana tenía el cuerpo delgado y oscuro, y los cabellos muy negros, como los ojos en forma de almendra; era muy bonita, y cuando yacía completamente desnuda, como en aquel momento, sus largos cabellos parecían desear envolver el cuerpo sedoso y bien proporcionado. Había conocido a Tuana cuando, casi dos años atrás, el Directorio lo destinó a Kristanar, debido a sus conocimientos del idioma y costumbres del país. Hasta entonces, Andrei Lianov había estado convencido de que sabía amar… Tuana se encargó de desengañarlo. Era una pobre muchacha ignorante de casi todo, pero el *Kama Sutra* y el *Ananga Ranga* no tenían secretos para ella. Los hombres le habían enseñado esos secretos a Tuana, de modo que cuando Andrei la conoció, la sedosa piel de la jovencísima Tuana conocía ya el contacto de muchos, muchos hombres. Pese a todo, era tan dulce y frágil, tan delicada y bonita, que el espía ruso, tras una primera noche con ella, había vuelto una y otra vez… Y sólo la primera de aquellas noches había aceptado dinero Tuana. Las siguientes noches, todas las noches, Tuana se cobijaba a última hora en los brazos del hombre de los cabellos rojos y las manos cariñosas y suaves…

La situación había llegado a un extremo que causaba la infelicidad del agente secreto soviético: amaba realmente a Tuana. Pero Tuana era una esclava de la casa de placer Cielo con Lluvia de Oro, y tenía un propietario con derecho a percibir las ganancias

del… *trabajo* de la muchacha. Andrei Lianov había pensado mil veces en cortarle el cuello al kristanés y marcharse con Tuana. Pero ¿adónde y cómo? De ninguna manera podía abandonar el servicio, y, en cuanto a quedarse en Tanar con Tuana, después de cortarle el cuello a su propietario, era algo que la MVD le aprobaría.

Él, Andrei Lianov, afecto a las órdenes del Directorio Central de Moscú, no estaba en Kristanar para buscar complicaciones, sino para participar en el plan que, en principio, había brotado de la mente de Cirilo Pafnutich, y que en Moscú había sido estudiado y perfeccionado…

—Sí —sonrió dulcemente Tuana— estás preocupado. ¿Quieres que te haga caricias de amor?

Andrei seguía mirándola, sin contestar. Ella le tomó las manos y las colocó sobre sus senos erguidos, vibrantes y cálidos. Luego Tuana se apretó contra el ruso, que se estremeció… Finalmente, tiró de él hasta tenderlo en la alfombra de pieles de cabra, para colocarse sobre él, ahora besándolo en la boca, tomando con la suya toda la de Andrei, que pasó las manos hacia la espalda femenina.

—¿Quieres que baile para ti o prefieres que me siente sobre ti, de ese modo que te gusta tanto…? —Susurró Tuana.

Lianov suspiró, sin contestar, y Tuana comprendió. Comenzó a sentarse sobre él, despacio. Andrei cerró los ojos y su rostro se transformó, se fue dulcificando a medida que Tuana se iba sentando completamente… De pronto se dio cuenta de que ella no se movía, no seguía sentándose, y abrió los ojos, sorprendido. Tuana estaba mirando hacia la entrada a la pequeña cámara con olor a *skit* y a hombre. Andrei miró también hacia allí y, en el acto, se sentó de un salto, derribando a Tuana junto a él, y se quedó mirando con expresión incrédula, atónita, a Lili Connors.

Lili Connors, cubierta con una túnica blanca, señaló hacia donde estaban las ropas del ruso, y Dakyn fue hacia ellas, las registró y se apoderó de la pistola. Tuana, tendida junto a Andrei Lianov, miraba con maligna expresión en sus relucientes ojos a Lili Connors, que apuntaba al pecho de Andrei con la pistola de Pafnutich.

—Vamos a hablar, Andrei —susurró la espía americana—. Y muy en serio.

—¿Y Cirilo?

—Está muerto.

Andrei dejó caer la cabeza sobre el pecho. Estuvo así unos segundos. Luego, miró hacia el servicio de *skit* y lo señaló.

—¿Quiere un poco?

—Puedo pasar sin eso, Andrei. ¿Es ella? —desvió Lili la mirada hacia Tuana.

No hacían falta más explicaciones. Andrei sabía que ella, la espía americana, había comprendido muchas cosas desde el principio.

—Sí, es ella.

—Es muy bonita. Y muy joven…

—Sí —dijo con voz ronca el ruso—, es muy joven. Pero sabe de los hombres más que cien mujeres americanas o rusas de su misma edad. Empezó a aprender a los once años.

—Lo siento, Andrei. Pero estas cosas pasan en todo el mundo, en mayor o menor grado. De todos modos, ella es una persona con todos los derechos a la felicidad, y lo que pasó, ya puede ser olvidado; aparte de que una mujer no se deteriora por ser… usada.

—¿Por qué habla así? —Gruñó Andrei Lianov—. ¿Poiqué habla de esto? ¿Qué es lo que pretende?

—Pretendo hacer un trato con usted, Andrei; su libertad y su felicidad, a cambio de una información.

—Entiendo. La respuesta es ¡no!

—No sea absurdo. Puedo ofrecerle un pasaporte para usted y otro para la muchacha, y ayudarle a salir de aquí muy pronto. Los dos pueden instalarse donde quieran y empezar de nuevo. Seguramente la muchacha quedaría sorprendida de lo feliz que se puede ser amando a un solo hombre y voluntariamente, en lugar de…

—¡Cállese!

—De acuerdo. ¿Acepta mi oferta o no?

—No pienso traicionar a la MVD, si es eso lo que pregunta. Además, dentro de poco nadie podrá ya salir de Tanar: las lluvias lo impedirán.

—Se puede salir de Tanar antes de que lleguen las lluvias.

—Usted no sabe lo que dice. Por lo que a mí respecta, puesto que tengo asignada una misión en Kristanar, mi salida del país no está prevista, así que no dispongo de medios. Si lo que pretende es salir en vuelo regular, olvídelo: no sale ninguno hasta mañana a las nueve de la mañana… Y para esa hora habrán llegado las lluvias y

Kristanar será sólo agua.

—Puedo llevarles en mí helicóptero.

—¿Tiene un helicóptero? ¡Bien! Eso quiere decir que la CIA se ha tomado muy en serio el asunto de Kristanar, ¿no es así?

—La CIA no tiene nada que ver en esto, salvo en pequeños detalles de apoyo. Como en otras ocasiones, utilizo los medios de la CIA para asuntos personales, eso es todo. En esta ocasión, la CIA ha proporcionado material a mi hombre de apoyo: un helicóptero, radio y armas… adecuadas para determinadas contingencias, si éstas llegan a producirse. ¿Acepta el trato?

—¡No!

—Está bien. Quizá necesite reflexionar durante unos minutos, Andrei. Reflexione en que Cirilo Pafnutich está muerto. Reflexione en que yo he comprendido que Karlik Bonta es sólo un muñeco de ustedes, que se han visto obligados a utilizar porque él disponía de muchos hombres…

—¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que ha comprendido sobre Karlik Bonta?

—Ya lo he dicho: es sólo un muñeco de ustedes. Vamos, vamos, Andrei…, ¿cómo habría de creer yo que Rusia pretende conseguir algo, manteniendo en el trono a un necio como Karlik Bonta? Tienen a alguien mucho mejor. Todo eso, ya lo he comprendido, como he comprendido que pronto llegará el momento en que Bonta será eliminado para colocar en su lugar a ese alguien, que seguirá con mucho más acierto, inteligencia y sabiduría las directrices de Rusia, los planes que se han formado sobre Kristanar. Ahora, Andrei, ¿cuáles son esos planes?

—Está perdiendo el tiempo.

—No del todo. La pregunta que me he estado haciendo es: ¿qué hay en Kristanar? Y cada vez la respuesta ha sido la misma, por el momento: en Kristanar, sólo hay Kristanar. Es eso, ¿verdad, Andrei? Kristanar, pura y simplemente. Y lo que…

Lili Connors captó al mismo tiempo el destello en los ojos de Andrei Lianov y el respingo de sobresalto de Dakyn, que estaba encarado hacia la puerta de la cámara, y que comenzó a alzar un brazo, abriendo la boca…

En ese mismo instante, la espía recibió en los riñones el tremendo golpe, que la hizo caer de rodillas, soltando la pistola y

llevándose las manos al lugar golpeado, mientras sus ojos se desorbitaban, un frío intenso recorría su cuerpo, unas terribles náuseas la acometían… Recibió otro golpe, ahora más arriba, entre los omóplatos, y cayó de bruces muy cerca de Lianov. Como entre brumas, vio a éste saltando hacia la pistola que ella había perdido. Vio su mano tomando el arma, pero también vio un pie cayendo sobre la mano del ruso, aplastándola, y vio el brillo del acero, y acto seguido las salpicaduras de sangre, que llegaron hasta ella, mientras oía el gemido de Andrei Lianov y el grito de la muchacha kristanesa… La visión de Lili Connors se enturbió. La cabeza le daba vueltas, le zumbaban los oídos.

Ni siquiera se dio cuenta de que, por unos pocos segundos, perdió el conocimiento. Sólo supo que, de pronto, se encontró apoyando las manos sobre la piel de cabra, y sacudiendo la cabeza, mientras una voz, en inglés defectuoso, llegaba como desde muy lejos a sus oídos:

—… Veremos si esta vez consigue engañarnos. ¡Siéntese junto al ruso!

Lili sacudió de nuevo la cabeza y la visión se aclaró en sus ojos. Lo primero que vio nítidamente fue el rostro lívido de Andrei Lianov; lívido y desencajado por el dolor. Luego vio las manos del ruso, crispadas en su pecho, conteniendo dificultosamente la sangre que brotaba a borbotones entre los dedos. Junto a él, arrodillada, mirándolo como alucinada, estaba la muchacha desnuda que el ruso amaba… Más allá, de pie, inmóvil, mirándola a ella, estaba el monje Dakyn.

Y a su lado vio unos pies de hombre. Un poco más allá, otros dos pies. Pero la voz había llegado desde atrás, lo cual quería decir que, por lo menos, había un tercer hombre. Alzó más la cabeza y vio las pistolas que empuñaban los dos hombres que estaban a su derecha. Finalmente, se sentó junto a Andrei Lianov y Tuana, y miró hacia la puerta. Allá había tres hombres más. Uno de ellos empuñaba también una pistola. Los otros dos, sendos cuchillos, uno de los cuales todavía goteaba sangre de Andrei Lianov. De estos tres, el de la pistola y el del cuchillo que goteaba sangre eran conocidos de la espía internacional: eran los dos chinos a los que había burlado hacía dos noches. A los otros tres chinos no los conocía.

—Usted es americana, ¿no es así? —preguntó el de la pistola.

Lili Connors asintió con la cabeza. Luego aspiró cuidadosamente, llenando sus pulmones de aire… mientras conseguía que los riñones no saltasen en pedazos. Parpadeó, y unas lágrimas de dolor se desprendieron de sus ojos, ocasionándole molestias con las lentillas de contacto…

—¿Por qué se relacionan una americana y un ruso? —siguió preguntando el chino.

Lili iba mirando de uno a otro chino. Cinco impasibles chinos para un mal observador. Para un buen observador, como era ella, cinco chinos que estaban realmente molestos, casi furiosos…, seguramente porque no entendían nada de lo que estaba ocurriendo, porque los acontecimientos estaban escapando a su control. El lógico control del servicio secreto chino sobre un país con el cual, a fin de cuentas, tenía fronteras…

—¿No quiere contestar?

—No… no puedo… hablar… todavía… —jadeó Lili, con voz entrecortada.

El chino hizo saltar su mirada hacia Andrei.

—¡Usted, ruso, conteste!

Lianov movió negativamente la cabeza.

—No tengo nada que decir.

—Sí tiene que decir algo… —aseguró el chino—. Hace tiempo que le estamos vigilando y ya no vamos a esperar más. Le vimos ir a la casa de Neko Kirog con la americana, y se vino aquí directamente. Mientras tanto, Karlik Bonta y sus hombres salieron del Palacio, y se fueron hacia las montañas… ¿Van en busca de Nirkan Wali?

—No lo sé.

—Llevamos mucho tiempo vigilándole… Incluso esta noche, si no hubiese sido por la visita de la mujer americana aquí, no habríamos intervenido, habríamos continuado vigilándole, tan sólo. Pero no comprendemos ya nada de lo que está pasando. Si ella fue con usted al Palacio, ¿por qué salió usted solo? ¿Qué ha hecho ella allí dentro? ¿Por qué se ha reunido luego aquí con usted? ¿Qué están preparando los rasos y los americanos? ¿Adónde va Bonta con sus hombres de lucha? ¡Queremos saberlo todo!

—¡Vete al demonio! —mascculló Andrei, en ruso.

—Tenga cuidado con lo que dice… —le advirtió el chino,

hablando también en ruso—. No está en situación de enviar a nadie al demonio, Lianov.

—¿Me conoce? —Respingó Andrei.

—Ya le he dicho que hace tiempo que lo vigilamos. Hemos enviado su fotografía a Pekín, y hace tiempo que nos llegó la respuesta. El otro ruso es Cirilo Pafnutich. Los dos muy inteligentes, puesto que, a pesar de nuestra vigilancia, consiguieron organizar el golpe de Estado contra Nirkan Wali. Hemos preferido permanecer a la expectativa, pero eso terminó. Ahora queremos saber… Y saberlo todo. ¿Qué pretende Rusia colocando a Karlik Bonta en el trono?

Andrei Lianov miró despectivamente al chino, en silencio. Ni siquiera se molestó en contestar.

—¿No quiere contestar? —sonrió el chino.

Lianov permaneció impasible, hasta el punto de que pareció incluso que la herida en el pecho había dejado de dolerle. Pero Lili Connors captó mucho más acertadamente la expresión del chino, su sonrisa amable… y siniestra a la vez.

—Será mejor que se lo explique todo al chino, Andrei —aconsejó.

—No pienso hacer semejante cosa —replicó el ruso.

—No sea absurdo. Ellos conseguirán lo que quieran de nosotros, así que es mejor dárselo de buen grado.

—No.

—Vamos, Andrei, ¿no comprende que…?

—Permitamos que seamos nosotros los encargados de convencer a Lianov —la interrumpió el chino—. Como ya he dicho, hace tiempo que le vigilamos, y conocemos bien su vida, sus costumbres… y sus debilidades.

Diciendo esto, el chino se acercó a Lianov y a Tuana, y, de pronto, asió a ésta por los cabellos, atrayendo su cabeza al encuentro de su rodilla roblada… El rostro de Tuana pareció hundirse al entrar en contacto con la rodilla del chino, y un chorro de sangre brotó por ambos lados al ser reventada bestialmente la nariz de la muchacha. Andrei lanzó un rugido, se puso en pie… y uno de los chinos se adelantó y le hundió el cuchillo en el vientre, con fortísimo golpe que derribó al ruso de espaldas. Pero Andrei se puso de rodillas inmediatamente y tendió las manos hacia delante.

—Tuana… Tuana…

La muchacha parecía colgar de la mano del chino, que seguía sujetándola por los cabellos, sin inmutarse por la sangre que se deslizaba por el rostro de la joven kristanesa, cuyos ojos aparecían desorbitados y llenos de lágrimas.

—Entonces es cierto, Lianov: tiene usted gran predilección por esta mujer, ¿no es así? —Pareció relamerse el chino—. Pues me parece estupendo. ¿La quiere? ¿Quiere que la ponga en sus brazos? Le voy a complacer, Lianov. Pero antes me voy a entretener con ella cortándole las orejas, por ejemplo. ¿Está de acuerdo? ¿O quizá prefiere que le saque los ojos? ¿O simplemente que le corte la cabeza? ¡Puedo hacer tantas cosas con su puta privada, Lianov…! ¿Por cuál de ellas quiere que empecemos?

Andrei Lianov dejó caer lentamente los brazos. Ni siquiera parecía acordarse de que la sangre brotaba de su cuerpo por las dos heridas de cuchillo. Un ronco suspiro brotó de su pecho y cayó de bruces.

A una seña del chino, dos de sus compañeros tomaron por los brazos al ruso y lo colocaron de nuevo de rodillas, de un tirón violentísimo. Pareció que Lianov fuese a desmayarse, pero una bofetada lo reanimó. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y fueron hacia el rostro de Tuana, angustiados.

—Una base secreta… —jadeó—. Rusia quiere instalar en Kristanar… una base secreta con… proyectiles atómicos, para… para controlar China… también desde el Sur…

El chino Yi Hao quedó del color de la leche sucia. Su boca se abrió y se cerró varias veces, antes de poder articular:

—¿Rusia quiere meter a China en unas tenazas? ¿Controlar la frontera siberiana por el Norte… y la de Kristanar por el Sur?

—Sí… Sí… Sabíamos que… que Nirkan Wali jamás aceptaría esa base rusa en Kristanar, así que… que preparamos el… el golpe de Estado, colocando… colocando a Bonta como monarca para poder… poder instalarnos en Kristanar en menos… de un año…

—¿Y qué más? —gritó Yi Hao—. ¡Qué más!

—Esa misma base nos permitiría… nos permitiría tener bajo control directo… a la India y todo… todo el Sudeste asiático, el mar Arábigo, el golfo… de Bengala…, todo el océano… Indico…

—¡Qué más!

—¿Qué más quiere? —susurró la espía americana.

Yi Hao volvió la desorbitada mirada hacia ella. Luego miró de nuevo a Lianov y comenzó a aullar en chino, con una furia terrible. De un tirón, colocó a Tuana delante de uno de sus compañeros, y éste, para espanto de Lili y horror de Andrei Lianov, hundió el cuchillo en el pecho de la muchacha, bajo el menudo seno izquierdo. Tuana lanzó un ahogado grito, se estremeció y cayó al suelo… mientras Lianov, lanzando un aullido, se ponía en pie.

Yi Hao apuntó a su pecho y disparó, con gesto rabioso. Y disparó de nuevo, cuando Lianov retrocedía.

Y todavía disparó otra vez antes de que el ruso cayese de espaldas… para siempre.

Inmediatamente, Yi Hao dirigió su pistola hacia Lili, que se sobrepuso a su horror, exclamando:

—¡No le interesa matarme!

Por un instante, la vida de Baby estuvo pendiente de la ira de Yi Hao, que se había desatado de modo incontrolable. La pistola estuvo apuntando al pecho de la espía norteamericana durante no menos de cinco segundos, antes de que el chino, finalmente, bajase el brazo.

—¿No me interesa matarla? ¿Por qué?

—Puedo… —Lili tragó saliva— puedo serle muy útil…

—¿En qué?

—Usted no sabe toda la verdad… Ni sabe que Nirkan Wali está a punto de ser asesinado por Bonta y sus hombres. Si salvamos a Wali, todo seguirá como hasta ahora, pero si Bonta consigue matarlo, Rusia seguirá en contacto con él, y conseguirán, finalmente, instalar esa base en Kristanar. A China no le interesa eso.

Y tampoco a Estados Unidos. Podemos… perseguir juntos el mismo objetivo.

—¿Por qué? ¿Por qué juntos? Yo no necesito su ayuda para nada.

—Si permite que Bonta llegue hasta Nirkan Wali al Templo de las Nieves, y lo mate, todos estaremos perdidos… Inmediatamente Bonta ocupará de modo definitivo el trono, y lo primero que hará será ordenar la muerte de todos los chinos susceptibles de molestarle. Usted debe estar entre ellos.

—Bonta ni siquiera me conoce.

—No lo entiende… No es Bonta quien realmente está destinado a gobernar en Kristanar. Hay alguien detrás de él, mucho más inteligente, que sabrá controlar la situación. Esa persona tomará todas las medidas necesarias para asegurarse el triunfo. Usted, yo, y cualquier sospechoso, todos, seremos acosados hasta la muerte.

—Sólo tengo que reunir a mis hombres y enviarlos contra Bonta y sus esbirros, impidiendo que lleguen al Templo de las Nieves. Sigo sin necesitarla a usted. Puedo salvar a Nirkan Wali, reponerlo en el trono y todo habrá terminado bien…

—¿Y si termina mal? Bonta dispone de sus Dragones, Tigres y Sierpes… Son muchos hombres. ¿Qué pasará, si Bonta resulta vencedor? ¿Qué haría usted entonces?

—Escapar de Kristanar, pedir ayuda en China y…

—¿Escapar de Kristanar? ¿Cómo? Jamás podría llegar a la frontera china. Las lluvias están ya sobre nosotros, todos los caminos quedarán impracticables. Pero si nos damos prisa, podemos intentar detener a Bonta y sus hombres, y si fracasamos, yo dispongo de un medio para escapar rápidamente de Kristanar, antes de que se viertan las lluvias, y llegar a China, desde donde usted podría organizar mejor un segundo ataque contra Bonta.

—¿De qué medio dispone usted para escapar de Kristanar?

—Un helicóptero.

—No es cierto —entornó los ojos Yi Hao.

—Puedo demostrárselo —Lili señaló a Dakyn—. Él tiene una radio de bolsillo con la que nos hemos estado comunicando. La mía se ha quedado en Palacio, pero puedo utilizar la del monje para llamar a un compañero que sólo espera mis instrucciones para recogerme con el helicóptero.

Yi Hao quedó silencioso unos segundos. Hizo un gesto a sus compañeros, y durante un cuarto de minuto estuvieron cuchicheando en su idioma. Finalmente, Yi Hao volvió a mirar a Lili.

—Demuéstreme que dispone de un helicóptero —ordenó.

—Necesito la radio que tiene el monje.

Yi Hao se acercó a Dakyn y tendió la mano. El monje le entregó la radio, y a su vez, Yi Hao la entregó a Lili. Ésta tiró del pequeño punzón introducido en un ángulo del aparato, y se dispuso a cambiar la disposición de las placas, para determinar la longitud de

onda que la conectaría con York 2.

Pero mientras hacía esto, la espía internacional pensaba a toda prisa en su auténtica situación. El chino había dicho que «sólo tenía que reunir a sus hombres y enviarlos contra Bonta y sus esbirros»… ¿Qué significaba esto? Obviamente, significaba que el chino tenía ya sus propios planes sobre Kristanar.

—¿Qué pasa? —Gruñó Yi Hao—. ¿Por qué no hace contacto?

—Ya está —dejó de hurgar Lili con el punzón en la pequeña radio—. Estas placas son tan pequeñas… ¿Puedo llamar?

—Estamos esperando. Y… usted verá lo que dice.

Lili asintió, y apretó el botón de llamada.

—York 1 a York 2 —musitó.

—York 2 a la escucha —brotó la voz de un hombre en el aparato —. Distancia: una milla. ¿Qué esperamos? Las lluvias…

—Han surgido algunas dificultades que me han entretenido, York 2. ¿Llegó el helicóptero?

—Claro. Estoy esperando para recogerte. No me gusta nada este sitio, no me gusta. ¿Estás bien?

—Sí. Espera un momento, York 2 —Lili miró a Yi Hao, con gesto interrogante—. ¿Está convencido?

—Pregúntele dónde está con el helicóptero —susurró Yi.

Lili Connors sonrió irónicamente.

—¿Realmente piensa que voy a hacer eso?

El chino alzó de nuevo la pistola para apuntar al pecho de la espía americana, susurrando:

—Usted sabrá lo que le conviene.

—Lo sé muy bien —dijo con tono seco Lili—. Y se lo voy a decir. Si le interesan mis condiciones, bien. Si no, cortaré la comunicación, y mi compañero, sin preocuparse más por mí, emprenderá inmediatamente el vuelo alejándose de Kristanar.

—¿Cuáles son sus condiciones? —Pareció divertido Yi Hao.

—Primera: usted enviará a sus hombres al encuentro de los de Karlik Bonta, hacia el Templo de las Nieves, para impedirle que llegue allá, sea como sea. Segunda: respetará la vida del monje Dakyn y, como es lógico, la mía. Tercera: antes de escapar de Kristanar con el helicóptero, me permitirá hacer una visita.

—¿Qué visita?

—Neko Kirog.

—¿Para qué? —se sorprendió Yi Hao.

—¿Aún no lo ha entendido? Neko Kirog es…

—Sé que está de parte de los rusos y de Bonta —desdeñó Yi Hao —. Pero ¿qué importa ese pobre hombre?

—No lo ha entendido, desde luego. Neko Kirog es quien, finalmente, reinaría en Kristanar. Así ha estado preparado desde el primer momento por los rusos… Primero utilizan a Bonta, el rico y poderoso Bonta, que dispone de muchos hombres. Luego, una vez encontrado y asesinado definitivamente Nirkan Wali, Bonta correría la misma suerte, así, en el Palacio del Trono se instalaría el hombre que desean los rusos: el intelectual y ambicioso Neko Kirog, que ayudado por Rusia se convertiría en un hombre mucho más poderoso de lo que lo fue en toda la historia el Guía y Señor de Kristanar. Mientras tanto, Rusia instalaría sus bases en Kristanar. ¿Lo comprende ahora?

—No puede ser…

—Bueno —encogióse de hombros Lili—. Estados Unidos no va a perder gran cosa con esas bases rusas en Kristanar, ya que, más o menos, su ubicación será la misma que la de unas bases chinas. Pero China sí quedaría muy incómoda con esas bases rusas en su frontera sur… ¿No le parece?

Yi Hao estuvo mirándola fijamente unos segundos. Luego, conferenció de nuevo con sus compañeros. Resultado de la breve conferencia fue que dos de los chinos abandonaron la cámara.

—Van a organizar la batalla con Bonta —dijo Yi Hao—. Ahora nosotros iremos a ver a Neko Kirog. Usted hablará con él, y si comprobamos que está en lo cierto, le mataremos.

—De acuerdo —asintió Lili. Acercó de nuevo la radio a su boca —: ¿Lo has oído todo, York 2?

—Sí. ¿Qué tengo que hacer?

—Nada hasta que yo vuelva a llamarte. Es todo.

Cerró la radio, y se quedó mirando a Yi Hao, que asintió con la cabeza y señaló hacia la puerta.

Cuando salió de aquella cámara privada dentro del Cielo con Lluvia de Oro, Lili Connors volvió la cabeza un instante, para mirar a Andrei Lianov y a la kristanesa Tuana, que yacían uno sobre otro, ensangrentados: jamás volverán a ver las lluvias de Kristanar.

Capítulo IX

Neko Kirog estaba, naturalmente, en su despacho-biblioteca, inclinado sobre un libro y rodeado de otros muchos, casi desapareciendo entre ellos.

Cuando oyó abrirse la puerta, alzó la enorme cabeza frunciendo el ceño. ¿Cómo se atrevería a molestarle su criado? ¿Cómo osaba interrumpirle en sus estudios para conocer el mundo mejor que nadie, para controlar su historia… y conocer así el probable futuro, con lo que sería el hombre más poderoso del mundo dentro de muy pocos años?

Abrió la boca para dar una orden, rechazando la intromisión, pero se quedó así, sin articular palabra, porque en la puerta no estaba su criado; no había nadie en la recién abierta puerta… Pero algo había rodado con blando sonido sobre las pieles que alfombraban el suelo, y se había detenido delante de su mesa. Puesto que en la posición de sentado, Neko Kirog no podía ver qué era aquello, se puso en pie, rodeó la mesa y llegó a la esquina, desde donde pudo ver perfectamente qué era aquello.

Aquello era la cabeza de su criado.

Solamente la cabeza.

Neko respiró fuertemente, saltando hacia atrás, y pareció a punto de caer de espaldas, arrastrado por el peso de su cabezota en forma de calabaza. Tuvo que manotear para conservar el equilibrio, mientras sus pequeños ojos miraban, desorbitados, de nuevo hacia la puerta.

Y entonces sí vio a alguien allí.

—¡Señorita Connors…! —jadeó.

—Buenas noches, señor Kirog. ¿Puede concederme unos minutos?

Neko Kirog miró a todos lados, como acorralado. Pero de pronto volvió a mirar a Lili. Miró sus manos… Y al verlas desprovistas de

armas, un destello de triunfo apareció en los ojos del cabezudo. Fue todo un espectáculo ver desplazarse aquella cabeza sobre el delgado cuerpo hacia la pared, y descolgar de allí un largo sable curvado, el terrible *kingo*, posiblemente lejano precursor de la no menos terrible *katana* japonesa. El acero relució a la luz, con fríos fulgores: con un solo golpe, aquella arma podía seccionar en dos a un hombre desde la cabeza hasta las ingles…, siempre y cuando quien lo manejase tuviese la fuerza suficiente para descargar el tajo.

En las pequeñas manos de Kirog, el sable pareció un peso que podía desequilibrarle de un momento a otro, mientras se acercaba a Lili Connors, que tranquilamente acudió al encuentro del hombrecillo cabezón.

—Tranquilícese, señor Kirog —sonrió fríamente la espía más peligrosa del mundo—. Le supongo más inteligente de lo que revela su actitud. ¿No quiere saber nada de lo que ha pasado? ¿No quiere saber cómo he escapado de palacio? ¿No quiere conversar unos minutos conmigo? Dos personas inteligentes pueden resolver las cosas mucho mejor que a golpes de sable, ¿no le parece?

Kirog se detuvo delante de Lili, con el sable en alto sobre la rubia cabeza.

—Usted no es nada, no es nadie —jadeó—. ¡No me interesa nada de lo que pueda decir!

El acero cortó el aire, directo hacia la cabeza de Lili Connors… Sólo que la cabeza de Lili Connors, ciertamente, no permaneció allí esperando el golpe, a cuyo impulso Kirog pasó trompicando junto a Lili, para ir a caer de bruces sobre las pieles. Se puso en pie rápidamente, volviéndose con expresión enloquecida hacia la norteamericana, que le contemplaba con divertida curiosidad.

—Señor Kirog, sea razonable. Ni siquiera en cien años conseguiría usted acertarme con uno de esos torpes mandobles. Tiene que comprender que está ante una espía entrenada de un modo que usted jamás podría alcanzar. Vamos, sea sensato: conversemos.

Kirog lanzó un alarido, y se abalanzó hacia Lili, blandiendo el *kingo*. Descargó otro golpe, por supuesto con el mismo resultado que el anterior, sólo que esta vez cayendo de rodillas nada más.

—Va mejorando —rió Lili Connors—. Está bien, no tengo inconveniente en que siga practicando mientras hablamos. Sí, creo

que le conviene practicar, Kirog: el futuro Guía y Señor de Kristanar debe ser un ejemplo en todo. ¿Por qué no, manejando las armas? De todos modos, creo que Nirkan Wali no descendería a estas actividades. Los he conocido a los tres: a usted, a Bonta y a Wali. ¿Conclusión? Es muy simple: Nirkan Wali es, realmente, el Guía y Señor de Kristanar. Usted es sólo un gusano cabezudo…

Lanzando espumarajos de rabia por la boca, Kirog se lanzó de nuevo al ataque. Esta vez, para su sorpresa, Lili Connors no se apartó, sino que se adelantó hacia él, alzó una pierna, y el descalzo pie acertó en el centro del pecho al kristanés, derribándole de espaldas. Kirog rodó por las pieles, y se arrastró luego a toda prisa hacia el sable, que había escapado de sus manos.

—Me pregunto —siguió Lili, imperturbable— de quién fue la idea de colocarle a usted en el trono, Kirog. ¿Salió de las mentes de Moscú, o de su propia enorme cabezota?

—Mía —jadeó Kirog—. ¡Mía fue la idea, yo lo pensé todo, yo hice la oferta a los rusos, yo, yo, yo…! ¡Y nadie podrá impedirme que consiga mis propósitos!… ¡Reinaré en Kristanar, y muy pronto, ayudado por Rusia, invadiré China y desde China partiré hacia el resto del mundo…!

—¡Dios bendito! —exclamó Lili, con tono compasivo—. ¿Los rusos le dijeron que aceptaban esos proyectos suyos, Kirog? ¿Le dijeron que le apoyarían, y que se repartirían el mundo? ¿Le dijeron eso cuando usted ofreció sus proyectos a Cirilo Pafnutich?

—Sí… ¡Sí, sí, sí…!

—Pues le engañaron miserablemente. Los rusos deseaban únicamente una base militar incrustada en la frontera sur de China, para tener mejor controlada esta nación y estar mucho más cerca del Océano Indico en sus dos cuencas. Usted sería sólo un muñequito cabezón al que soportarían hasta que sé cansasen de la diversión… No tengo la menor duda de que en Moscú se están haciendo chistes sobre su cabeza y sus propósitos, Kirog.

—Mentira… ¡Mentira!

—No sea tonto. Usted dijo que utilizaría a Bonta, y los rusos aceptaron encantados… mientras le utilizaban a usted. Eso es todo, Kirog.

—La… la voy a… a matar… ¡La voy a matar!

—Ya me cansé del juego —susurró Lili—. Y creo que mis colegas

chinos deben estar ya convencidos de sus intenciones generales sobre el mundo y en particular sobre China. Mucho me temo, Kirog, que estén muy molestos con usted. Pregúnteles, pregúnteles…

Lili señaló hacia la puerta, y Neko Kirog, que parecía dispuesto a cargar contra ella de nuevo, volvió la cabeza hacia allí. Se quedó un instante inmóvil al ver a Yi Hao y a los otros dos chinos… Luego, lanzó un alarido, blandió una vez más el pesado *kingo* y corrió hacia los chinos lanzando aullidos, rugidos de rabia, y salpicando baba, a diestro y siniestro…

Yi Hao, cuyo rostro estaba demudado, alzó la mano derecha, apuntó brevemente y disparó.

La cabeza de Neko Kirog estalló y, pasmosamente, el hombrecillo quedó en pie, con el sable todavía en alto… Yi Hao disparó dos veces más, destrozando aquella cabeza, que dio la impresión de un fruto blando y enorme en cuyo interior hubiesen estallado unos cuantos petardos… Lili Connors desvió la mirada cuando aquella cabeza reventada llegó al suelo, dejando escapar su grisáceo contenido mezclado con rojo, como una masa de gelatina extendiéndose sobre las hermosas pieles.

Durante unos segundos reinó el silencio. Por fin, Lili miró a Yi Hao.

—¿Convencido? —musitó.

Yi Hao asintió con la cabeza; se volvió hacia uno de sus compañeros, y dijo, algo. El chino salió, y regresó segundos después con Dakyn, que fue a sentarse donde le indicaron. Lili Connors se sentó a su lado, y se quedó mirando a Yi Hao, que le tendió la radio.

—Llame a su compañero —susurró—. Dígale que venga aquí con el helicóptero. ¿Conoce él la ubicación de esta casa?

—Sí.

—Bien. Llámele.

Lili abrió el contacto.

York 1 llamando a York 2.

—York 2 a la escucha. Va a llover de un momento a otro… ¡Y sigo sin tener paraguas!

—Ven a recogernos, por favor. A la casa de Kirog.

—*Okay*. ¿Cuándo?

—Voy volando. ¡Je, je…! Nunca mejor dicho, ¿verdad? ¿Te das

cuenta del chiste? Digo que voy volando, y es verdad, porque con un helicóptero, pues… se vuela. ¿Captas el chiste?

—Muy divertido, desde luego. Te estamos esperando.

—¡Voy volandooo…!

Lili cerró la radio, y miró a Yi Hao, que parecía desconcertado. El chino señaló la radio.

—¿Está segura de que ese payaso es un agente de la CIA?

—No es un agente de la CIA. Es un amigo personal que estaba en Bangkok cuando yo salí de Estados Unidos, y que me ha estado sirviendo de enlace entre la CIA y yo.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Yi Hao.

—No quería que la CIA interviniese oficialmente en este asunto, pues no sabía lo que podía llegar a ocurrir, y en modo alguno nos interesaba complicarnos la vida con un país fronterizo con China.

—¿Usted tomó esa decisión? ¿Y la CIA la aceptó?

—Actualmente la CIA ha comprendido ya que yo siempre tengo razón. Considerando el gran desprestigio que está cayendo sobre ella, les parece magnífico que yo les evite más complicaciones.

Los tres chinos miraban fijamente a la señorita Connors. Parecían fascinados… Ella sonrió, de pronto, asintiendo con la cabeza, con gesto amable.

—En efecto: soy la agente Baby.

En los ojos de Yi Hao hubo un lento parpadeo.

—Sal a esperar al otro americano —se dirigió a uno de sus compañeros—. Y cuando llegue, mátale… Pero cuidado, no vayas a provocar una avería en el helicóptero.

El chino asintió y salió del despacho-biblioteca. Lili dirigió una breve mirada a Neko Kirog, y luego volvió a mirar a Yi Hao.

—No es usted precisamente agradecido, colega —rezongó—. Y además, mata con demasiada facilidad. Por ejemplo, ¿qué necesidad había de matar a Andrei y a aquella pobre muchacha? Tampoco me pareció necesario que le cortasen la cabeza al criado de Kirog… Verdaderamente, tenemos estilos muy diferentes. Quiero decir con ello que su estilo es de los que a mí *no me gustan*.

—Teniendo en cuenta su situación, no creo que deban importarme sus gustos —sonrió Yi Hao.

—¿Mi situación? —Alzó las cejas Lili—. ¿A qué se refiere?

—Tengo la esperanza de que haya comprendido que después de

matar a su amigo, partiremos todos hacia China. Su destino final será Pekín, naturalmente.

—Usted tampoco entiende —movió pesarosamente la cabeza la espía americana—. Nadie entiende las cosas, y eso que a veces no pueden estar más claras. ¿Cómo se llama?

—Yi Hao.

—Pues bien, Yi Hao: ¿no ha comprendido que cada uno de mis pasos ha sido cuidadosamente estudiado? Cada vez, con más claridad, voy viendo que la mente humana tiene recursos sin fin. Sólo hay que saber utilizarla. Claro que algunas personas no necesitan utilizar la mente demasiado, debido a sus condiciones de vida, o incluso a su profesión; pero determinadas condiciones de vida y determinadas profesiones, como es la nuestra, por ejemplo, precisan ineludiblemente el uso de la mente. Entonces, hagámoslo del mejor modo posible. Por ejemplo, mi amigo que estaba en Bangkok se hallaba allí para escribir un reportaje sobre el campeonato del mundo de boxeo de no recuerdo qué peso entre un español llamado Perico Fernández y el tailandés Muangsurin. Fue éste quien ganó, por abandono del boxeador español, que se quejaba del calor y de un montón de cosas más. Cierto: hacía mucho calor…, pero para ambos púgiles, no para uno solo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que, según los expertos, lo que ha ocurrido es que el boxeador español se confió demasiado tenía tal convencimiento de superioridad, que lo descuido todo, empezando por los entrenamientos adecuados… Al parecer, al muchacho le gusta la *dolce vita*, cosa muy razonable cuando no se tienen responsabilidades. En fin, él no supo estar a la altura de las circunstancias. Claro que, total, sólo se jugaba un título mundial, no la vida.

Yi Hao entornó los ojos.

—Y usted se juega la vida, ¿no es eso?

—Eso es —asintió la bellísima rubia—. Por lo tanto, como comprenderá, tengo que ir con mucho más cuidado que Perico Fernández. Tengo que utilizar mi mente y hacerlo bien, porque de lo contrario hace ya mucho tiempo que habría muerto. ¿Me comprende?

¿Me está diciendo… que tenía prevista esta situación?

—Exacto… Mi amigo sabe entenderme muy bien, puesto que nos conocemos hace muchos años, y no es la primera vez que me ayuda. Así pues, interpretando exactamente mis deseos, se vino aquí, nos ha visto llegar, y ha esperado a que yo le llame para decirle que venga ahora mismo…, cuando la verdad es que ya está aquí. En estos momentos, o bien ha matado a su compañero que ha salido a esperarle, o bien lo ha dejado sin sentido, con la cabeza abierta. Y en cuanto yo se lo pida aparecerá por esa puerta —señaló Lili la puerta abierta y comenzará a disparar contra ustedes dos.

—Está usted loca —sonrió Yi Hao.

Lili Connors se quitó las lentillas de contacto, cuidadosamente, y suspiró.

—Me estaban haciendo daño… No me diga que le sorprenden mis ojos azules, Yi Hao. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí: yo decía que mi amigo puede disparar contra ustedes en cuanto se lo pida. En circunstancias normales, arreglaría las cosas de manera que ustedes recibiesen un pequeño escarmiento, y me limitaría a regresar a mi apartamento de Nueva York. Pero ustedes son unos asesinos, no unos espías de la categoría… adecuada. Por lo tanto, van a morir.

—¡Usted es la que…! —gritó Yi Hao, dirigiendo su pistola hacia Baby.

No llegó a terminar el movimiento.

En la puerta sonó el chasquido de un disparo con silenciador, y Yi Hao recibió una bala en la nuca que le tiró de bruces. El otro chino lanzó un alarido, saltó a un lado, sacó su pistola y disparó hacia la puerta… al mismo tiempo que York 2 saltaba a un lado y Lili Connors recogía del suelo el *kingo*.

Dispararon los dos a la vez. York 2 acertó al chino con un balazo en el centro del pecho. Lili Connors le acertó con el sable, que lanzó como si fuese una jabalina, y que se hundió en la espalda del espía chino. Entre el impacto de la bala y el del sable, fue más potente el del sable, y el chino cayó de bruces.

Lili Connors se volvió hacia el petrificado monje, y le sonrió afectuosamente.

—¡Adiós, Dakyn!

—¿Se van? Pero… todo eso no ha terminado aún…

—Ha terminado —aseguró Baby—. Los hombres de Yi Hao y los

de Bonta deben estar haciéndose pedazos en las montañas, o así sucederá muy pronto. Mientras tanto, todo lo que tiene que hacer Nirkan Wali es instalarse en su trono, y cuando le parezca bien, enviar a sus fieles a recoger a los que queden con vida, y castigarles como considere justo hacerlo. Eso es cosa suya. En cuanto a los monjes del Templo de las Nieves, habida cuenta de que ni los amigos de Yi Hao ni Bonta con sus Tigres, Dragones y Sierpes van a conseguir llegar allá, lo mejor que pueden hacer es regresar allá… y seguir viviendo en paz.

—¿Cómo podremos agradecerle…?

—Ya se lo he dicho: viviendo en paz. ¡Adiós, Dakyn!

—¡Adiós…!

—Demasiado tarde, me parece —dijo York 2.

Un apagado rumor, que iba aumentando en intensidad, llegaba hasta el despacho-biblioteca. Un rumor primero manso y suave, pero que iba convirtiéndose en una especie de rugido cada vez más poderoso…

Lili Connors miró a Dakyn, y el monje asintió con la cabeza.

En efecto: habían llegado las lluvias de Kristanar.

Este es el final

—¿Y qué pasó entonces? —Se excitó Peggy—. ¿Qué pasó, Frankie? ¡Oh, dímelo, por favor, dímelo en seguida…!

Frank Minello, repantigado en el sofá, tendió la mano, y Peggy se apresuró a ponerle en ella la copa de champaña; naturalmente, «Perignon 55», el único que bebía Minello en sus visitas al apartamento de Brigitte Montfort.

—¿Qué pasó? —se recreó en el relato—. Bueno, como comprenderás, ni siquiera el valiente York 2, o sea yo, podía detener las lluvias, y más no disponiendo ni siquiera de un paraguas, así que… tuvimos que quedarnos allí, en la casa de Neko Kirog. ¡Menos mal que había comestibles de sobra!

—Pero… ¿cómo llovió? ¿Cuánto llovió? ¿Cómo son las lluvias de Kristanar, Frankie? ¡No me estás explicando bien las cosas, la señorita lo hace mucho mejor!

—¿Ah, sí? ¡Pues que te las cuente ella! —refunfuñó York 2.

—No hagas enfadar a Frankie —reconvino Brigitte a su ama de llaves—. Además, lo está contando muy bien.

—¿Lo ves? —se pavoneó Minello—. ¡Y cuando Brigitte dice que cuento las cosas bien, es que las cuento bien!

—Pero… pero si ni siquiera me has dicho qué pasó con aquel hombre llamado Bonta, Frankie —protestó Peggy.

—¿Eh? ¡Ah, sí…! ¿Bonta? ¡Hombre, sí, el gigante que quería cortarle a Brigitte los hermosísimos pechos! ¡Menudo bestia! Desde luego, si le llego a poner la mano encima…

—¿Qué pasó con él? —Casi gritó Peggy.

—Le cortaron la cabeza los chinos. Como resulta que tuvimos que permanecer en casa del cabezudo nada menos que dos noches y todo un día pues los chinos y los Dragones y toda esa gente tuvieron tiempo de zurrarse de lo lindo… Se hicieron trizas unos a otros, vamos. Cuando terminaron las lluvias. Brigitte y yo llevamos a

Dakyn al Templo de las Nieves con el helicóptero, y al pasar sobre las montañas vimos la gran cantidad de cadáveres que las lluvias habían arrastrado hacia el pie de las montañas. Todos estaban muy limpios, porque había llovido, y llovido, y llovido… Ni siquiera se les veía sangre porque las lluvias lo habían lavado todo, todo, todo… No fue entonces cuando vimos a Bonta, sino al regreso, cuando íbamos hacia el Palacio del Trono, porque Brigitte quería recoger su maletín, y arreglar algunas cosas con el Guía y Señor de Kristanar… Sí, entonces, al regreso, vimos a Karlik Bonta. Primero vimos el cuerpo, metido entre dos peñascos. Bueno, lo vio Brigitte, y dijo que aquél tenía que ser Bonta. Bajamos, y era Bonta, pero sin cabeza… Me pregunto quién demonios quería su cabeza y para qué. El caso es que estaba sin cabeza. En cuanto a mí, si le llego a atrapar, no le habría cortado precisamente la cabeza, no…

—¿Qué le habrías cortado? —Abrió mucho los ojos Peggy.

—Pues… ¡Vaya una pregunta idiota! ¿Qué se le puede cortar a un hombre que ha querido cortar los pechos a una mujer?

—¡Oh! —Se sonrojó Peggy—. ¡Oh!

—Exacto: eso que estás pensando.

—Eres un bruto, Frankie —rió Brigitte guiñándole un ojo.

—Sí… ¡Je, je! Bueno, pues cuando cesaron las lluvias, corrimos a hacer todo y nos largamos. ¿Y qué crees que pasó?

—No… no sé —se irguió Peggy—. ¿Qué pasó?

—¡Pues que por poco nos alcanzan las lluvias cuando íbamos en el helicóptero hacia la frontera hindú, esto es, hacia Calcuta! ¡Zambomba, estuvimos a punto de ser engullidos por la siguiente tanda de lluvias! Por cierto que esta vez duraron tres días y pararon sólo uno, y desde entonces sigue lloviendo en Kristanar… ¡Y cómo llueve en Kristanar, mi madre!

—¿Cómo? —exclamó Peggy—. ¿Cómo llueve? ¡Todavía no me lo has dicho!

—¿Cómo llueve en Kristanar? Pues llueve a lo bestia… ¡Llueve a lo grandísimo bestia! Gotas grandes como mi cabeza, en cantidades incontables, espesas como mis cabellos. No es lluvia, es una tromba de agua que parece maciza y caliente… Llueve como jamás en mi vida he visto llover, y parece que el mundo sea sólo agua y agua y más agua. Y no se ve nada, y llueve, llueve, llueve… ¡Demonios, llueve! ¿Cómo cáscaras quieres que te explique cómo son las lluvias

de Kristanar? ¡Pues son lluvias!

—Podrías decir, por ejemplo —dijo Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby—, que al menos esta vez las lluvias de Kristanar fueron tan piadosas que lavaron y se llevaron toda la sangre que se vertió en Kristanar.

—Bueno, pues eso —masculló Minello.

FIN